

CIUDAD Y TERRITORIO EN LA DEPRESIÓN DE RONDA DURANTE ÉPOCA ROMANA

José Manuel Castaño Aguilarⁱ

RESUMEN: Presentamos aquí una síntesis de lo que ha dado de sí la investigación arqueológica relativa a la etapa romana principalmente en la meseta o depresión de Ronda. Una etapa protagonizada por las fluctuaciones experimentadas en el modelo territorial alcanzado en el Alto Imperio, y que, en la deriva de los acontecimientos que resulta común al Imperio de Occidente, tendrá su propia versión en las postrimerías de la Antigüedad o primera Alta Edad Media.

PALABRAS CLAVE: *Arunda, Acinipo*, Poblamiento romano, Arqueología territorial.

TOWN AND TERRITORY IN THE RONDA PLATEAU DURING ROMAN TIMES

ABSTRACT: We present here a synthesis of what archaeological research related to the Roman stage has given mainly in the plateau or depression (basin) of Ronda. A stage led by the fluctuations experienced in the territorial model reached in the high empire, and that, in the drift of the events that is common to the empire of the West, will have its own version at the end of Antiquity or the First High Middle Ages.

KEY WORDS: *Arunda, Acinipo*, Roman settlement, Territorial archaeology.

Realizar un ejercicio de síntesis sobre lo que ha dado de sí la arqueología centrada en un territorio debe tomarse siempre como parte de la deuda de reciprocidad que se contrae por parte de quienes, durante años, han contribuido a acrecentar el conocimiento histórico de ese trozo de terreno. Sería devolver, en forma de conocimiento elaborado en provecho de la sociedad, lo que ese espacio geográfico ha aportado para la investigación en general, y para la satisfacción particular del investigador. Porque no se debe olvidar que hay mucho de satisfacción personal en cualquier tarea de investigación; ya sea como reto particular, o como consecuencia de un compromiso ético que va más allá de la aportación única y exclusiva de conocimiento.

En esta contribución vamos a intentar dar cuenta de la investigación centrada en la etapa romana que se ha venido desarrollando en la depresión de Ronda en los últimos 25 años (Fig. 1). Efectivamente nos vamos a centrar en este sector de la Serranía de Ronda que conocemos como depresión o meseta por tratarse del mejor y más intensamente estudiado en el marco de proyectos de investigación arqueológica de los que desgraciadamente adolece el resto de esta vasta subregión (salvo alguna excepción). No obstante, se procurarán realizar algunas menciones a la Serranía como entidad geográfica y poblacional, aunque estas siempre van a ser puntuales y como refuerzo de aquello que se quiere expresar. Pero que una zona de la Serranía haya contado con una mayor atención por parte de la investigación no comporta, por sí mismo, valor cuantitativo. Si bien es cierto que los descubrimientos realizados han posibilitado el establecimiento de hipótesis y modelos teóricos sobre

i Museo de Ronda. jmcastanoaguilar@gmail.com.

los que poder trabajar, es todavía mucho, mucho más, lo que queda por hacer. De ahí que este tipo de revisiones o puestas a punto sean tan necesarias, pues se constituyen en una de las mejores formas de saber cuál es el estado en que nos encontramos.

Y quizá no sea la persona que firma este trabajo la más indicada para hacer este ejercicio. Pero la seguía que está experimentando en los últimos años la investigación arqueológica en general, y la que se centra en particular en territorios poco dados a premiar con resultados vistosos y rápidos la tarea de investigación, fuerza, en gran medida, a los «arqueólogos pegados al terruño» a ejercer de banco de memoria sobre estas y otras cuestiones. Diré en mi descargo que parte de mi investigación toca de lleno una etapa importante de este periodo, lo que me ha obligado en cierta medida a introducirme en sus antecedentes como parte del ejercicio intelectual necesario para comprender su alcance.

Como consecuencia de esa labor de concreción y acercamiento, y para facilitar las cosas a la hora de estructurar la cantidad de datos que poseemos sobre el periodo, he optado por organizar la información en tres bloques; tres momentos que, aun teniendo identidad propia, guardan muchos nexos en común. Como ocurre en música clásica con los conciertos, la etapa romana en la depresión o meseta de Ronda podría compararse con una obra que se ha organizado también en distintos movimientos. Concretamente, y cuando menos, en tres, que seguramente se podrían dividir en algunos más bajo la atenta mirada de los especialistas. Pero como nuestras carencias no nos permiten apreciar los matices que servirían para establecer más divisiones, más movimientos, nos quedaremos entonces con los que pensamos son los tres grandes momentos de esta etapa. Al menos, los tres que hemos sido capaces de visualizar con la información proporcionada por la arqueología en el momento actual de la investigación.

Como en los conciertos estos tres momentos también forman parte de un todo, de una

misma obra, aunque bien es cierto que, incluso así, cada movimiento podría percibirse como una pieza exclusiva, aislada, pudiendo por ello observarse, oírse, por separado. Sin embargo, aun así hay que ser consciente en todo momento de que la única forma en la que esa parte cobra todo su sentido es cuando se ve integrada en su conjunto: solo así es como se puede entender la doble función que representa, al mismo tiempo, cada movimiento como pieza singular, y como preludio o epílogo de sus compañeras de obra.

Nuestra obra en particular la hemos articulado en estos tres movimientos:

Un *Andante* para representar el periodo en el que comienza a materializarse la presencia de Roma en la depresión, y que vendría a abarcar los dos siglos repartidos a cada lado del cambio de era, más parte del segundo una vez traspasada esta (siglos I a. C.-II d. C.). Un *Allegro* para la etapa, en parte solapada con la anterior, en la que Roma es una realidad que ha tomado cuerpo en la sociedad y en el territorio, y que se expresa a través de la ciudad y de una serie de elementos de propaganda que tienen en ella su escenario predilecto de representación (siglos I-IV d. C.). Y como epílogo, un *Allegro ma non troppo* en el que, de una forma dinámica y novedosa (de ahí lo de «allegro»), empiezan a verse nuevas formas de organización que terminarán perfilando una nueva distribución territorial del poblamiento en cuya materialidad resultará ya difícil apreciar la sombra de Roma (de ahí lo de «no demasiado»), aunque esta siguiera siendo alargada en determinados aspectos (siglos V-VII d. C.).

1. *ANDANTE*. LA DEPRESIÓN DE RONDA Y ROMA

La depresión de Ronda en las estribaciones del cambio de era contaba con una asentada estructura de poblamiento que, a grandes rasgos, se basaba en el dominio de un asentamiento urbano fortificado sobre un territorio de una cierta extensión, desde el cual se controlaban los medios de

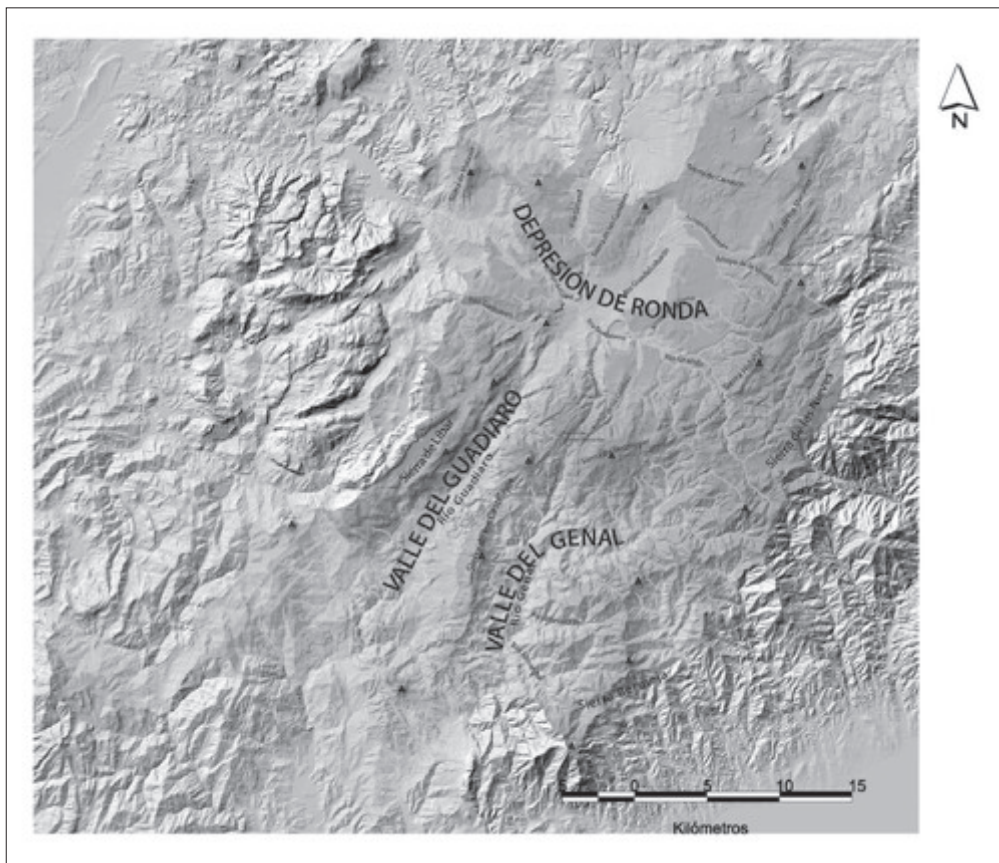


Figura 1. La depresión de Ronda

producción por parte de unas élites aristocráticas que imponían, de la misma forma, unas determinadas relaciones sociales. Estos *oppida* (plural de *oppidum*), como los llamarán los autores romanos, se habían consolidado tiempo atrás sobre estructuras aristocráticas similares, rivalizando entre ellos por los recursos existentes y por ampliar sus territorios para la generación de un excedente mayor con el que poder mantener una escala social en la que cobraba una importancia creciente la franja de los no productores, además de para acceder a artículos de prestigio no fabricados en su interior. En la depresión de Ronda se tienen bien localizados estos *oppida*, algunos de ellos incluso investigados de manera sistemática, como son los casos de *Acinipo* o *Arunda*, a los que se suman Silla del Moro o *Lacilbula*, entre los más relevantes, pero también *Vesci*, probablemente en

el valle del Guadiaro, o los tajos de Atajate, en el Genal, e incluso el Cerro de las Salinas en la misma Ronda.

Quizá sea esta una definición que se pueda tachar de excesivamente estereotipada (o de simplista en el contexto de un trabajo publicado en una revista como *Mainake*). Pero tras comprobar lo que todavía se afirma en alguna bibliografía histórica relativa a la Serranía, no parece descabellado repasar algunos conceptos.

Llama la atención que, entre la bibliografía más reciente, se encuentren trabajos en los que no solo se ponen en duda los antecedentes ibéricos de *Arunda* y *Acinipo*, sino que además se utiliza este hecho como elemento diferenciador para explicar las desemejanzas que dice se dan entre «el poblamiento urbano de la meseta de Ronda del de otros eslabones del surco

intrabético» como Antequera, Guadix o Baza¹. Todo un despropósito, especialmente grave por proceder del ámbito de la universidad, que posiblemente se haya abonado con algunos ejemplos de erudición en los que encuentran cabida visiones diferentes, incluso contradictoras, de un discurso histórico no sustentando sobre una mínima y seria investigación².

Por mucho que se quiera ocultar, la realidad arqueológica permite afirmar, sin ambages, que en la depresión de Ronda no solo hay poblamiento ibérico, sino que además se tiene constatación arqueológica y epigráfica de la existencia de varios de los *oppida* que lo testimonian y a los que nos hemos referido con antelación. Tales serían los casos de *Acinipo* (*CIL* II, 1347), *Lacilbula* (*CIL* II, 1342 y 1343) o *Arunda*, citada junto al primero en la *Historia Natural* de Plinio, fuente de muchas confusiones (*Nat. His.* III 3, 7-17)³; esto es, los tres asentamientos de la depresión rondeña. Unos *oppida* que serán la base del posterior poblamiento romano, cuyas estructuras encontrarán buen acomodo entre sus territorios, aunque este encaje no resulte evidente desde un primer momento y de forma generalizada, como habrá ocasión de ver (Fig. 2).

Estos tres asentamientos serán los encargados de trasvasar el poblamiento dependiente de ellos con anterioridad hacia esa nueva realidad económico-social del territorio que es Roma,

aunque con diferente grado de repercusión. En primer lugar, y posiblemente como consecuencia directa de la política de pactos llevada a cabo por Roma y las élites autóctonas, ese cambio no parece que afectara demasiado a la estructura de la propiedad de la tierra existente en el seno de estas comunidades⁴, razón por la cual tampoco se aprecian apenas cambios en los registros más antiguos del momento documentados en los *oppida* de la depresión, salvando la presencia puntual de cerámicas foráneas. Con el cambio de era comienzan a ser patentes determinadas transformaciones como reflejo de la implantación de nuevas estructuras de poblamiento que serán visibles, sobre todo y de forma explícita, en el campo, y que, más allá de otras consideraciones, podrían haber supuesto el inicio de una nueva forma de organizar tanto el espacio productivo como el espacio urbano. Quizá sea por ello por lo que uno de los *oppida* tradicionales y presentes desde antiguo en la comarca, *Lacilbula*, termine siendo abandonado. No obstante, se trata de líneas de trabajo carentes de una investigación sistemática, sobre todo en el caso de este último asentamiento, por lo que únicamente pueden ser tenidas en cuenta como hipótesis.

Lo que sí se constata, tanto desde la arqueología territorial desarrollada en la meseta de Ronda, como por la arqueología de excavación centrada en *Acinipo* y en *Arunda*, es que

- 1 GÓMEZ MORENO (2012): 143. La completa ausencia en la bibliografía citada en este artículo de los trabajos del profesor Aguayo de Hoyos y sus colaboradores (AGUAYO DE HOYOS (1997); AGUAYO, CARRILERO, LOBATO (1988); AGUAYO, GARRIDO, PADIAL (1995) o AGUAYO y CARRILERO (2001), entre otros), y la presencia, por el contrario, de otros estudios que en ningún caso han abordado análisis arqueológicos sobre el ámbito del que trata el trabajo de M. L. Gómez, habla, por sí mismo, del rigor con el que se ha realizado. Remitimos a esa bibliografía, que parece no conocer, para una valoración ponderada del periodo en cuestión. Que en los años 70 del siglo pasado se mantuvieran visiones erróneas sobre el origen, por ejemplo, celta de Ronda, apoyadas en citas de autores clásicos como Plinio el Viejo (RODRÍGUEZ MARTÍNEZ (1977): 178-179), encontraba explicación en la carencia de investigaciones históricas serias, sobre todo arqueológicas, desarrolladas sobre esta comarca. Lo que no tiene ninguna justificación es que se mantengan hoy esas propuestas, y todavía menos que se apoyen en cuestiones tan escurridizas y volátiles como la toponimia y la etimología de unos términos que, en algunos casos, remiten a varios milenios, como pretenden MARTÍNEZ y CHAVARRÍA (2010): 235 y ss. Una visión sintética soportada en la investigación arqueológica con una interpretación mesurada puede verse en CARRILERO MILLÁN (2006), de la que se hace eco igualmente LÓPEZ MEDINA (2008): 16.
- 2 Tal es el caso del libro *La Serranía de Ronda en época romana. La llegada de las Águilas*, Cádiz, 2015, de Juan Antonio Martín Ruiz.
- 3 FONTES (1987): 121.
- 4 CARRILERO NIETO (1994): 57.

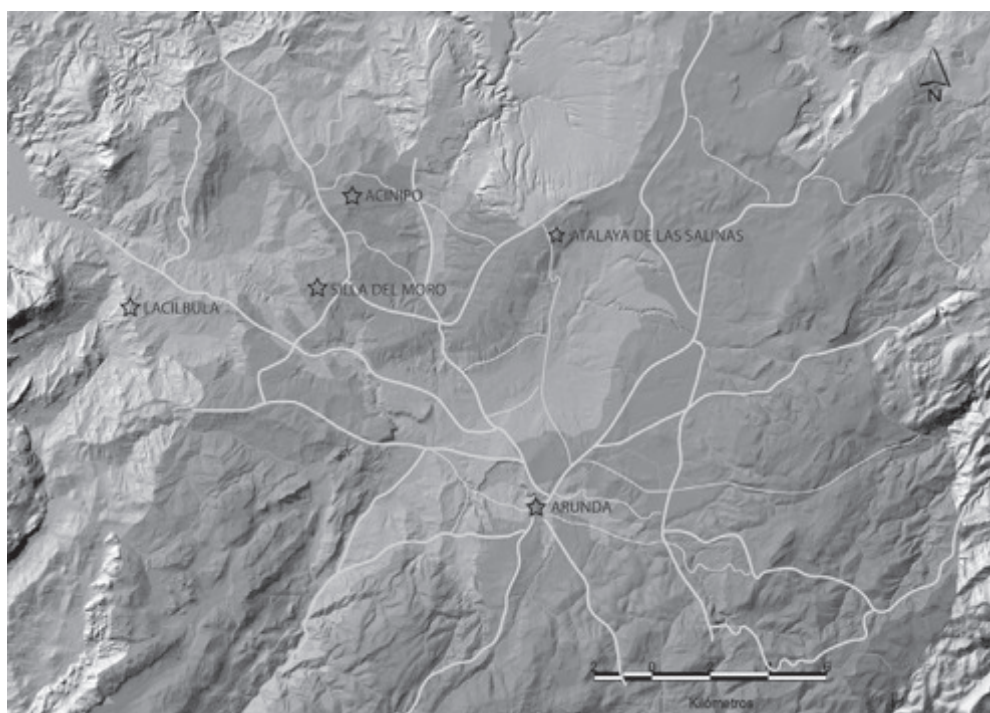


Figura 2. *Oppida* ibéricos de la depresión de Ronda

las evidencias más notables de la implantación de un nuevo modelo de gestión del territorio las encontramos precisamente en el campo. Un ámbito que pasará de no mostrar apenas indicios de poblamiento en época tardoibérica (la producción se organizaba desde la ciudad, que era también el lugar en el que se concentraba la población, al menos de manera mayoritaria), a poblarse por una variada tipología de asentamientos rurales, casi todos de carácter agrícola, pero entre los que se encuentran igualmente algunos cuya finalidad no está relacionada directamente con el campo o con la producción o transformación de algún material. Son los asentamientos que la historiografía ha generalizado y agrupado bajo la definición, ciertamente vaga pero útil, de *villae*. Aunque pueda parecer una afirmación algo exagerada, en un primer momento resultará más fácil detectar

arqueológicamente a Roma en el campo que en la ciudad (aunque con matices). ¿Pero cómo se manifiesta arqueológicamente Roma en esta primera etapa?

Aunque el desarrollo de trabajos de gestión patrimonial, y la puesta en práctica de otros proyectos de investigación posteriores han permitido ampliar sensiblemente el número de yacimientos de cronología romana hasta alcanzar la cifra aproximada de 180 entidades arqueológicas solo en el término municipal de Ronda, los datos que vamos a utilizar se referirán a los trabajos de prospección originales realizados en los años 90 del siglo pasado⁵. La razón para ello es doble: primero porque fue en ese momento cuando se fijaron los criterios que permitieron discriminar diferentes asentamientos y atribuirles unas características para su definición que, al día de la fecha, y sin contar con más datos que

5 NIETO GONZÁLEZ (1992).

los proporcionados por la arqueología extensiva (con la excepción de algunas excavaciones), mantienen plena vigencia, a pesar de que se hayan depurado algunos aspectos que han permitido ampliar aquella primera caracterización. Y en segundo lugar porque el incremento de entidades producido en los últimos años no contradice aquella primera visión, insistiendo, no obstante, en que este aumento ha servido para contar con una imagen más completa y detallada del marco propuesto en su día.

Hasta bien entrada la década de los años 2000, los yacimientos de época romana detectados en la depresión ascendían a 115 entidades. La mayor parte de estos asentamientos compartían una característica común: la de encontrarse localizados en los valles de los ríos y arroyos más importantes de la meseta (ríos Setenil o Guadalquivir, y arroyos como el de Montecorto, o el del Águila), en donde se encuentran las tierras con mayor potencial agrícola, lo que es una condición esencial para considerarlos como unidades productivas de carácter agropecuario. Además, muchos de ellos compartían otra condición: su proximidad a los caminos públicos de hoy, lo que es en sí misma una circunstancia digna de constituirse en asunto central para una investigación propia. Junto a ellos, otros sitios que se salían de esta tónica pero que presentaban una «facies» claramente romana.

Teniendo en cuenta en todo momento que hablamos mayoritariamente de resultados procedentes de prospecciones superficiales, la materialidad de Roma en esta fase inicial se concreta en una cultura material en la que comienzan a estar presentes cerámicas y otros elementos hasta entonces completamente desconocidos en la tradición cultural autóctona (con la que, por otra parte, se entremezclan); cerámicas campanienses, grandes contenedores para el almacenamiento y transporte de productos (dolia, ánforas), inscripciones y, sobre todo, el que será principal fósil

director de los registros de superficie (incluso más que las *sigillatas*, aunque sin la cualidad cronológica que ofrecen estas), cuya presencia se dilatará a lo largo de toda la etapa: las *tegulae*. Todos estos elementos han favorecido la aproximación hacia una distribución del poblamiento en la que, junto a los materiales que los representan, se pueden distinguir rasgos suficientes como para poder perfilar diferentes tipos de asentamientos.

Así, de los 115 yacimientos, 98 eran pequeños asentamientos definidos en su día como pequeñas unidades de producción agrícola de carácter familiar (79)⁶; 17 asentamientos caracterizados por sus dimensiones y sus registros como *villae* esclavistas, y 19 entidades, extraídas de las 98 anteriores por tratarse de elementos con rasgos comunes, pero identificadas como «otras instalaciones». Una casuística, esta última, cada vez más frecuente en la bibliografía y también sobre el terreno, con yacimientos que no se ajustaban a ninguno de los anteriores (con finalidades eminentemente agropecuarias por su situación), y entre los que se pueden encontrar desde unidades de producción no agrícola (posiblemente ganadera o forestal), hasta *mutationes*, pasando por instalaciones vinculadas a la transformación minerometalúrgica o, tal vez, a posibles elementos militares, ¿*turres*?, probablemente relacionados en sus inicios con el control de determinadas vías de comunicación, a tenor de la situación que presenta alguna de las torres que creemos haber detectado. Veámoslas por separado (Fig. 3).

Pequeñas unidades de producción agrícola de carácter familiar

A esta definición se ajustaron 79 yacimientos, algunos detectados a niveles de indicios, que cumplían las siguientes condiciones: a) sus registros superficiales se encontraban esparcidos por el terreno presentando una dispersión de restos que rondaba entorno a los 250-1000 m² de extensión;

6 NIETO GONZÁLEZ (1990).

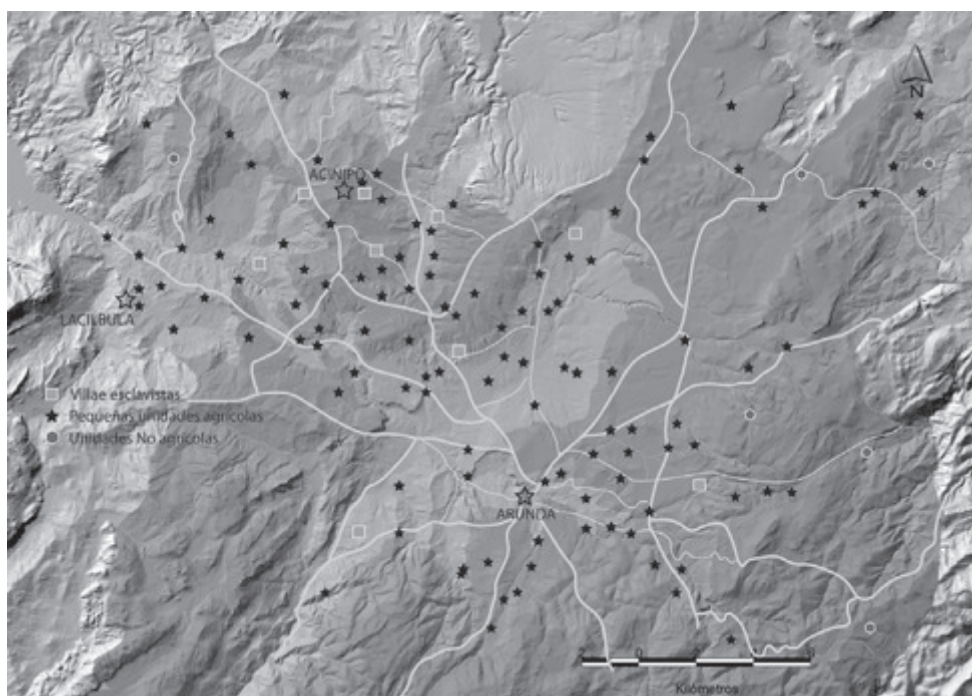


Figura 3. Poblamiento romano altoimperial en la depresión de Ronda

b) entre sus materiales se da muy poca cerámica fina, por lo general *sigillatas*, abundando entre ellos los fragmentos de grandes vasijas, así como de cubiertas cerámicas, esencialmente *tegulae*, que se definen a partir de ahora como el principal fósil director dada su omnipresencia (aunque sin valor cronológico, de momento), en ausencia de otros materiales, lo que no es inhabitual; y c) se sitúan lógicamente sobre zonas con un claro potencial agrícola y, por lo general, próximas a vías de comunicación que han perdurado hasta nuestros días (ya sean como vías pecuarias o como caminos públicos municipales). A esta tipología pertenecería el rosario de yacimientos instalados en las faldas de ambas vertientes de la sierra de las Cumbres, o jalonando algunos ríos y arroyos⁷.

Asentamientos caracterizados como *villae* esclavistas

Con la consideración de *villae* de corte esclavista (17), en la que podrían apreciarse, aun en superficie, cierta diversificación entre los materiales presentes, así como una mayor extensión que llevarían a suponer una cierta complejidad espacial, encontramos una serie de establecimientos que, a diferencia de los anteriores que se hallaban repartidos sin orden aparente en relación a los centros urbanos, suelen mostrar un estrecho vínculo espacial con la ciudad. Tal es así que, de las 17 *villae* de estas características, 6 se encontraban a una distancia entre 2 y 4 km de *Acinipo* (Cortijo de Ronda la Vieja, Mataobispo o Cortijo de

7 Son asimismo estos yacimientos los que mayor representación tienen en los catálogos que se incorporan a los planes de ordenación urbanística de los pueblos. La importancia que poseen estos documentos, aunque solo sea para efectuar un análisis cuantitativo, es de gran valor para, por ejemplo, apreciar algunos patrones de asentamiento. En el caso de la Serranía, resulta llamativo confirmar cómo la presencia de estos lugares es relativamente común en el valle del Guadiaro, y excepcional en el del río Genal. Y cómo en este último su localización se reduce a los pueblos de la cabecera del río pegados a las calizas. Esta y otras observaciones se pueden ver en CASTAÑO AGUILAR (2016).

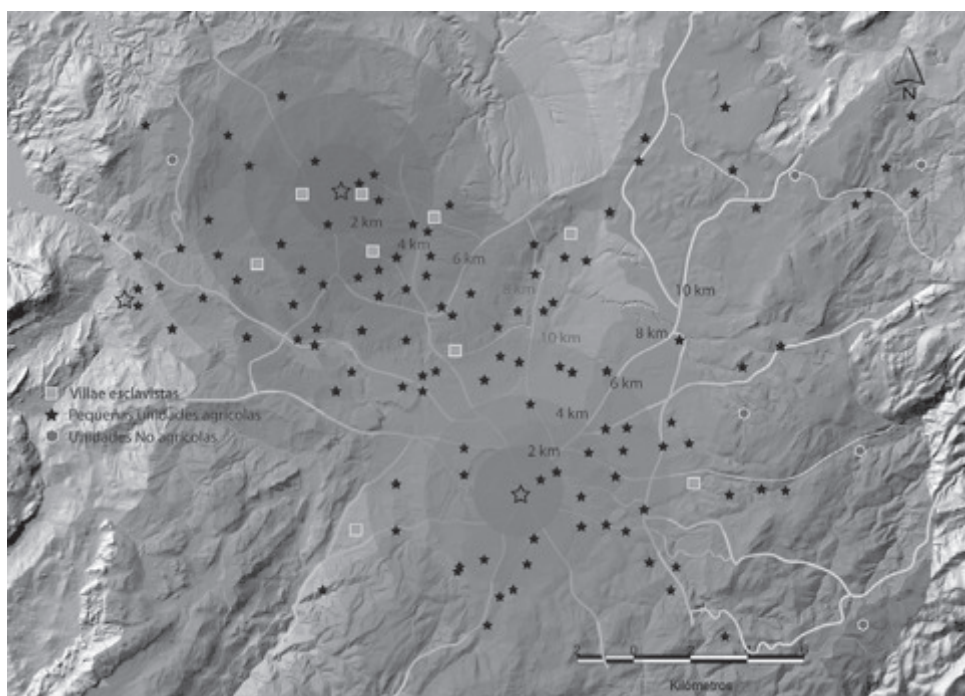


Figura 4. Distancia de las *villae* a las ciudades de la depresión

Calle), mientras que el resto, más alejadas de la ciudad, escogía los mejores lugares dentro de las mejores tierras agrícolas⁸. Una característica, la de la cercanía a centros urbanos, que quizá pueda relacionarse directamente con la clase social de sus propietarios, que no habitan en estos asentamientos sino en las ciudades (Fig. 4).

En cuanto a sus registros de superficie, suelen contener cerámicas finas, *sigillatas* y campanienses, y otros materiales nobles para ornamentación, como mármoles o bronce (en los que se elaboraron inscripciones, pedestales o aras), así como algún numerario y, por supuesto, elementos vinculados a la producción, como piedras de molino o quintales.

Asentamientos no agrícolas

Por último encontraríamos pequeños establecimientos, integrados en el grueso de los 98

anteriores, que tienen la particularidad de que, por situación, no están relacionados con la actividad agrícola, al menos no de manera directa. Por aquellos entonces eran 19 los asentamientos localizados en la depresión que se ajustaban a las siguientes características (hoy son pocos más): a) sus registros superficiales muestran cerámicas comunes y restos de *tegulae* como únicos referentes materiales, lo que dificulta bastante su datación, aunque se den excepciones; b) no se suelen encontrar en zonas de potencial agrícola, por lo que algunos de ellos se relacionan con la explotación de otros recursos, como los mineros, o la transformación de materias primas como la cal. Son, por ejemplo, los casos registrados en las Alcaurías (Montecorto), en relación a la explotación minera y su transformación metalúrgica (La Donaira)⁹, o alguno de los localizados en las estribaciones de las sierras, en áreas boscosas y próximos a caleras, como las existentes en las

8 NIETO GONZÁLEZ (2006): 126.

9 LOZANO *et al.* (2010).



Figura 5. Calera romana en el Camino de Calvente

proximidades del Cortijo de la Tejera o en el camino de Sijuela (Ronda)¹⁰. c) Otros parecen haber tenido una misión distinta, como podría haber sido la de controlar determinados pasos naturales, presentando grandes similitudes con lo que las fuentes citan como *Turris Hannibalis* (como en el caso de la posible torre de Lirio, al pie del camino de Yunquera que comunica la meseta de Ronda con el Valle del Guadalhorce; o del pequeño establecimiento de Puerto Ballesteros, en los Peñoncillos)¹¹; o la ya comentada de prestar servicio a los viajeros que transitaban por estos caminos, como el yacimiento de Merinos 3, que hemos propuesto como una *mutatio* instalada al pie de la que hoy es la Cañada Real de Granada¹². d) O bien sencillamente estar relacionados con otras tareas, como el pastoreo (caso de Hoyo de la Caridad, Cortijo del Colmenarejo, ambos en plena sierra), que sin

duda debió haber tenido un peso específico de importancia en la comarca, como lo ha hecho a lo largo de otros periodos de la historia, incluido el presente (Fig. 5).

Pero la anterior jerarquización de asentamientos, aunque pueda verse como resultado de una instantánea atribuible a un determinado momento no es, ni mucho menos, una foto fija cuya imagen se mantuvo imperturbable a lo largo de todo el periodo. Como es obvio pensar y, además, se constata en otras partes del occidente romano, tanto cercano (Valle del Guadalquivir)¹³, como más alejado de nosotros (sur de la Galia)¹⁴, también el poblamiento que detectamos en la depresión se vio sometido a constantes cambios y reajustes, presentando una evolución paralela a la que podemos observar en la ciudad. Como anticipo, y ya que nos encontramos de lleno en la valoración del espacio rural, basta decir que de los

10 CASTAÑO y TERROBA (2015).

11 ID.

12 CASTAÑO AGUILAR (2012a).

13 GARCÍA y PAZ (2012): 240.

14 SCHNEIDER (2005): 289.

180 yacimientos que en la actualidad podemos adscribir a la horquilla que va desde el siglo I d. C. al VII d. C., y considerando como fecha principal para la caracterización de cada asentamiento aquella que muestra mayor representación en sus registros de superficie, esta vendría a ser, a grandes rasgos, la evolución del poblamiento rural en la depresión (Fig. 6):

Siglos I-II d. C. = 104 yacimientos

Siglos II-IV d. C. = 49 yacimientos

Siglos V-VII d. C. = 27 yacimientos

Como efectivamente se comprueba en otros lugares del oeste del Imperio, el poblamiento rural muestra una paulatina readaptación relacionada directamente con los cambios que se experimentan a niveles generales en aquel y, de forma particular, en determinadas regiones. En el caso de la parte occidental, esta readaptación se traduce de manera patente en una progresiva reducción de los asentamientos, algunos convertidos en algo más que *villae*, y esto a pesar de que el mismo término vea evolucionar su contenido al tiempo que lo hacen los continentes. Pero para no adelantar cuestiones que se tratarán más adelante, y para respetar los límites cronológicos que nos hemos impuesto, aunque sea de forma convencional, en lo que nos concierne sobre este primer movimiento de nuestro concierto cabría señalar la importancia que concede Roma a la implementación de un determinado modelo de poblamiento por cuanto en él basará su sistema de extracción del excedente y de imposición del tributo. El modelo al que sustituye concedió un papel primordial a la ciudad, desde la que se organizaba absolutamente todo¹⁵. Esta circunstancia lógicamente será aprovechada por Roma al contar con los *oppida* ya existentes, ya que así podía centrar su atención en la organización de sus respectivos *agri*. De la eficacia mostrada a la hora de planificar sus territorios,

dependía en gran medida la eficiencia del modelo. Quizá por esta razón resulte más evidente detectar la presencia de Roma en el campo que en los *oppida*, al menos en una primera impresión.

Sin embargo, de lo anterior no puede colegirse que la ciudad quedara al margen de esta organización. La sociedad romana es una sociedad urbana. La ciudad es la síntesis más palmaria de la cultura romana en la que convergen todos los planos y dimensiones que la conforman: desde la ideología, hasta los aspectos más mundanos relacionados con la producción; desde la política y la administración de justicia, hasta la organización del mercado. Aunque ya existente, el reflejo que el nuevo modelo dejará en ella revela lógicamente nuevos matices. Pero estos se irán haciendo visibles de manera más pausada y suave, pues lo importante en un primer momento es utilizar su dominio para organizar los medios de extracción del excedente y de captación del tributo, pudiendo suponer en este sentido que los primeros empleados serán los cauces por los que esta extracción ya se venía aplicando con anterioridad.

Si centramos nuestro análisis en lo que nos cuentan los registros arqueológicos de los dos asentamientos urbanos de la depresión mejor investigados, aun siendo escasos y parcos, la lectura que podríamos sacar vendría a reforzar lo expresado. Los niveles correspondientes a los dos siglos repartidos a uno y otro lado del cambio de era reflejan una asombrosa continuidad de las estructuras constructivas y de la cultura material asociada a ellas, contenidas en estos niveles. Obviamente, esto se verá atenuado en el caso de *Acinipo* que, por razones obvias, experimentará transformaciones más visibles que trataremos en el siguiente apartado. Aun así, incluso en este caso habría que establecer una neta diferencia entre los efectos relegados sobre el urbanismo doméstico, de los derivados de las obras públicas. En cuanto a lo que se aprecia en

15 CARRILERO MILLÁN (2006): 75.

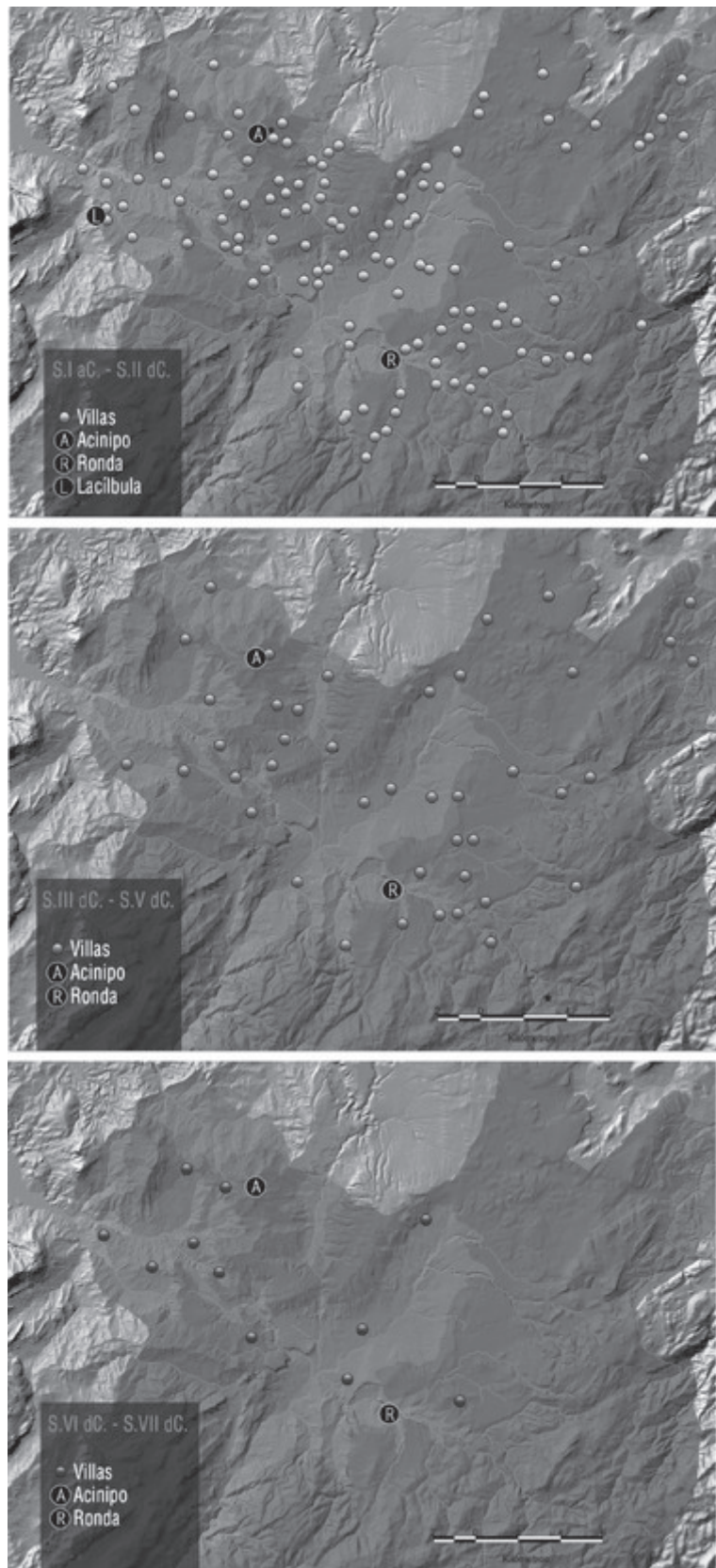


Figura 6. Evolución del poblamiento romano en la depresión de Ronda (Museo de Ronda)

Arunda, en la que, a falta de intervenciones sobre edificios de carácter monumental, lo poco que se ha excavado ha sido sobre ámbitos domésticos, estos no son objeto de alteraciones ni constructivas (se siguen haciendo muros con zócalos de mampostería de piedra y alzados de tierra apisonada), ni espaciales, si bien sobre este extremo no sea mucho lo que se pueda aportar. Quizá esta falta de documentación al respecto se pueda paliar por la lectura derivada de la cultura material presente en estos niveles republicanos o iberorromanos de Ronda.

La documentación abrumadora de cerámicas ibéricas entre las que se cuentan con los dedos de la mano las importaciones itálicas de cerámicas finas y de campaniense B y C, así como algunas «pre-sigillatas», no hacen sino confirmar que los procesos de cambio serán mucho más lentos en la ciudad que en el campo. Unos cambios que, en el caso de la intervención en el urbanismo previo, no llegan ni siquiera a alterar la configuración de la trama urbana previa, si bien en esto tiene un papel determinante la orografía del lugar (por ejemplo, no se documentan en estos mismos niveles restos de *tegulae*, que sí están presentes en los yacimientos del ámbito rural). Tal es el caso de una calle de época ibérica documentada en Ronda, o de las terrazas urbanas en las que estaba organizado el asentamiento, que no comienzan a ampliarse hasta tiempo después¹⁶.

El impacto de Roma en sus inicios parece vertebrarse en torno a dos pilares: una baja intervención en los *oppida* y, por el contrario, una apuesta decidida por organizar el campo mediante la generación de pequeñas y medianas propiedades, con las que se lleva a cabo una reocupación de la tierra sin parangón en lo que esta comarca había visto hasta entonces. Consumada la obertura, el concierto nos mete de lleno en la esencia misma de la obra. Una esencia que, como el instrumento principal para el que

se compone una obra, tiene también una clara protagonista: la ciudad.

2. ALLEGRO. ROMA EN LA DEPRESIÓN DE RONDA

Acabamos de ver cómo Roma en sus inicios, al menos en lo que se permite inferir desde la arqueología extensiva, y a través de la lectura de los pocos niveles del momento documentados en *Arunda* y *Acinipo*, es más visible en el campo que en la ciudad. Posiblemente se trate de una visión que llega a nosotros deformada, ya que nuestro conocimiento es todavía muy limitado y sesgado. Pero de lo que no cabe duda es de que una de las razones que pueden explicar esta situación es debida a que la ciudad, el *oppidum*, como «lugar central» y principal de su territorio de control, ya existía con antelación, aunque, hay que insistir, sea esta una observación no exenta de matizaciones. La *civitas* era tan esencial para la articulación territorial y administrativa del Imperio, como lo fue la *villa* como la célula preferida para organizar el poblamiento de los territorios controlados por aquella. Todas las ciudades que se conocen en la comarca son municipios (incluidas las que los son antes del edicto de latinidad de Vespasiano, como parecen ser los casos de *Acinipo* y *Lacilbula*)¹⁷, lo que implica necesariamente la existencia de un sustrato indígena sobre el que conceder esta dignidad.

En un momento establecido a lo largo del siglo I d. C. esta percepción se invierte y comenzamos a ver cómo las antiguas ciudades ibéricas presentes en el territorio experimentan su propia y particular introducción en Roma. Una introducción que, al margen de las repercusiones de carácter político e ideológico que conlleva, con la mención expresa de magistraturas y senados locales, tendrá su reflejo material en la incorporación de elementos culturales propiamente romanos que harán que las fisionomías

16 AGUAYO, CASTAÑO y PADIAL (2004).

17 FORNELL MUÑOZ (2004): 87.

que hasta entonces presentaban estos asentamientos autóctonos se vean alteradas. En el camino parece quedarse alguno de esos *oppida*, como es el caso de *Lacilbula*, para el que no contamos con suficiente información (más bien al contrario) como para proponer alguna explicación convincente¹⁸. Quizá, sencillamente, tres fueran demasiados *oppida* para un espacio que no es precisamente rico en extensión de buenas tierras para el cultivo, ni en variedad de otros recursos. Sea como fuera, lo prudente es dejarla de momento al margen hasta no contar con datos sobre los que poder realizar hipótesis mínimamente razonables. En cualquier caso, nuestra información, que consideramos suficiente como para plantear un marco explicativo, procede de las dos entidades de poblamiento mayores de la depresión y mejor conocidas por la investigación en estos momentos: el *municipium* de *Acinipo* y el *oppidum* de *Arunda*.

Comenzaremos por la más importante de estas dos, la ciudad de *Acinipo*, convertida posiblemente en *municipium* ya en época césar-Augústea como así parece delatar la existencia de un edil que dejó registrado su nombre en las acuñaciones monetales producidas en ella¹⁹. En este antiguo *oppidum*, casi con seguridad el principal de la zona, se muestra de forma nítida la repercusión que este fenómeno de asimilación e introducción en Roma tendrá en las entidades de población presentes en la depresión; y terminaremos en *Arunda*, en la que, en el otro extremo cronológico del periodo, se refleja mejor

el dinamismo alcanzado en época tardoantigua que le permitirá sobrevivir, lo que posiblemente pueda deberse a su papel secundario como entidad de población.

Acinipo, casi con toda seguridad, fue el mayor *oppidum* de la depresión posiblemente desde que, a finales del siglo V a. C., Silla del Moro fuera abandonada y su población presumiblemente reinstalada, tras 150 años de paréntesis, en el que ya era desde bastante tiempo atrás uno de los asentamientos más importantes de la meseta de Ronda. Posee unas condiciones estratégicas reseñables, pero en su elección debió tener también mucho que ver su posición central en la depresión, ya que desde él se domina prácticamente la totalidad de esta. Igualmente contaba con algún que otro inconveniente: sin duda el principal era la escasez de agua, aunque sean varias las fuentes que se localizan en los alrededores de la mesa de Ronda la Vieja. Sin embargo, pesaron más las características a favor de su conversión en la *civitas* más importante, entre ellas, por supuesto también, la de ser el lugar en donde se encontrarían las élites de la aristocracia indígena que controlarían la mayor parte del territorio. Por todo ello, la visibilidad que adquiere Roma en este lugar está muy lejos de lo que podemos apreciar en otros asentamientos cercanos. Pero esta visibilidad tiene su propia cadencia interna. La presencia de Roma en *Acinipo* se podría secuenciar en cuatro grandes momentos que la investigación arqueológica nos ha permitido detectar en el estado actual de nuestros

18 Sobre el *oppidum* de *Lacilbula*, o *Lacidula* como prefiere escribir algún autor (CORREA RODRÍGUEZ (2016): 358), es bastante poco lo que conocemos, aunque entre esta escasez se hallen algunas excepciones llamativas. Este es el caso de las tres inscripciones conocidas que se atribuyen a esta ciudad, citada por Ptolomeo en su *Geographia* (II, 4, 9): dos inscripciones desaparecidas en las que se menciona el topónimo (*CIL* II, 1342 y *CIL* II, 5409), y el fragmento de una *tabula hospitii* de bronce hallada en el Cortijo de Clavijo (Montecorto, Málaga) y depositada en el Museo Arqueológico Nacional; el conocido como «Bronce de Audita» (*CIL* II, 1343). Aparte de ellas, son visibles en los alrededores de este cortijo restos de construcciones de *opus incertum* y *caementicium*, algunas de dimensiones considerables, que indican con claridad la existencia, al menos, de edificaciones de cierta relevancia construidas ya con técnicas característicamente romanas. Y por supuesto, cerámica. Desgraciadamente todo esto no ha sido suficiente para atraer la atención de los investigadores, quizá amedrentados por una burocracia que les obligaría a duplicar esfuerzos al encontrarse el yacimiento entre dos provincias: la de Málaga y la de Cádiz.

19 NIETO GONZÁLEZ (2006): 47. Remitimos, asimismo, al trabajo de José Ortiz Córdoba sobre las amonedaciones de *Acinipo* en este mismo número de *Mainake*.

conocimientos; unos conocimientos que no admiten, de momento, mayores alardes, y que, por tanto, solo pueden respaldar propuestas a niveles de hipótesis de trabajo:

1. Un primer momento caracterizado por el mantenimiento del urbanismo ibérico, y por el encarte en su trama de elementos que hemos definido de propaganda: teatro, termas, foro.
2. Un segundo momento en el que se aprecian actuaciones de planificación urbanística de características romanas, y en el que se definen de los límites de la ciudad como entidad opuesta a todo aquello que no lo es.
3. Una etapa en la que se observa el abandono y expolio de edificios públicos que serán empleados como cantera de material de construcción.
4. Y un cuarto momento en el que han desaparecido los límites de la ciudad (posiblemente como consecuencia de una redefinición de la misma) y se constata la reversión de actividades artesanales e industriales hacia su interior.

A pesar de que las intervenciones llevadas a cabo en este yacimiento pueden considerarse puntuales y selectivas, pues se han centrado en sectores como las termas, el presunto foro o el espolón junto la entrada, este por razones de conservación del registro correspondiente a las fases prehistóricas, los resultados de los niveles pertenecientes al primer momento (que se podría cifrar en torno al cambio de era), transmiten una aparente continuidad del urbanismo de tradición ibérica. Este urbanismo, generador de una trama que de momento no nos es posible desentrañar, únicamente se vio alterado por la construcción de determinadas edificaciones de carácter monumental. Esto se aprecia muy bien en el área en la que se sitúan las termas, en el extremo oriental de la mesa: en ellas, la construcción de los depósitos de agua que daban servicio

a esta infraestructura se hizo a costa de una serie de viviendas ibéricas, lo que habría supuesto el traslado de sus ocupantes a otras partes del asentamiento²⁰. Hay que suponer que lo mismo se haría en otras partes de la terma, en cuyo límite oriental, entre la palestra y las salas calefactadas, se descubrieron los restos de un enterramiento, posiblemente prehistórico, y de un hogar de arcilla ibérico, lo que da cuenta de que no solo se interpolan edificios, sino que se destruyen niveles de épocas anteriores cuando la edificación así lo exige²¹. No hay que olvidar que nos encontramos en un solar que ya era urbano por entonces, por lo que este tipo de procesos de limpieza de niveles previos es relativamente normal.

La insistencia que se refleja en el esfuerzo empleado en la construcción de edificios como la terma, a pesar de las dificultades para el abastecimiento de agua que habría ya en aquel momento, o la necesidad de reinstalar población en otros lugares del solar urbano; pero también como el teatro, cuyo primer intento fallido junto a la puerta sur pudo haber sido la razón de su localización tan excéntrica, podría explicarse quizá como la consecuencia de una política de propaganda desarrollada por el estado romano sobre aquellos lugares de sustrato indígena que fueron escogidos como peones para formalizar la «integración» en las estructuras romanas. Una propaganda asumida y fomentada por las propias élites locales que verán en la colaboración con Roma la única vía de mantener sus privilegios. Por supuesto el foro formaría parte de esta especie de tríada, pero de él únicamente tenemos conjeturas sobre su posible localización, una vez descartada la señalada en su día por Rafael Puertas Tricas.

Este empeño o particular afán por contar con elementos propios de la cultura romana que fueran visibles en un paisaje urbano en el que aún prevalecería el *skyline* dibujado por el urbanismo ibérico, quizás encuentra en las termas de *Acinipo*

20 CASTAÑO AGUILAR *et al.* (2009): 65.

21 ID.: 54.

su mejor expresión. Por lo menos en lo que conocemos. Es cierto que el teatro, antes incluso de que entrara en liza la discusión sobre su posible primera ubicación junto a la puerta sur de la ciudad, llamaba la atención por la descompensación entre el esfuerzo invertido en su construcción y la aparente brevedad de su vida útil²². Pero como de las termas contamos con información de primera mano, en ellas nos centraremos para exponer esta circunstancia. Las termas de *Acinipo*, las únicas que conocemos y, posiblemente, las únicas que existirían, se localizan en uno de los pocos lugares en los que se podía situar alguna infraestructura relacionada con el agua en este asentamiento. Aunque la mesa de Ronda la Vieja constituye en parte un pequeño acuífero, su basculamiento hacia el este hace que sean en los bordes orientales en donde surjan fuentes de pequeño caudal. Una de estas fuentes, todavía visible hoy, es la que se sitúa justo al pie de las termas, delatada por una higuera enorme. Estamos convencidos de que su existencia condicionó la instalación balnearia, creyendo en un primer momento que el almacenamiento de agua suministrado por esta fuente sería suficiente para el servicio de la terma. De ahí que se construyera un depósito y se acometiera la tarea de construir el edificio. No sabemos si se falló en el cálculo, algo poco creíble si se tiene en cuenta que el problema del agua en este asentamiento no tenía nada que ver con el origen de sus pobladores ni con sus costumbres. En cualquier caso la insuficiencia de agua debió manifestarse casi de inmediato, por lo que tuvieron que adoptarse medidas adicionales que paliaran la escasez. Estas medidas se tradujeron básicamente en la ampliación de la

cisterna con la construcción de dos depósitos más y, obviamente, en garantizar mayor suministro de agua, lo que se realizó mediante la instalación de una conducción de plomo que llevaría el líquido desde una potencial captación aún no localizada (posiblemente un pozo), hasta las cisternas de la terma. Una tubería que se instaló una vez terminado el edificio, y quizá un poco a la desesperada, pues para su colocación no se reparó en romper aquellos elementos constructivos que se interponían en su paso²³ (Fig. 7).

Como decimos, y resultaría fácilmente deducible, el problema del suministro de agua en *Acinipo* no era algo desconocido. Como también resultaba evidente que aquí no eran viables algunas soluciones técnicas que resolvieran el problema, ya que nos encontramos en unos de los puntos más elevados de la depresión (alrededor de los 900 m.s.n.m.). Ni siquiera el cómputo del caudal de todas las fuentes que se localizan en la actualidad en sus bordes serviría para satisfacer los estándares de consumo medio diario habitual en la sociedad romana, y esto estimando una población de alrededor de 2000 personas; muy inferior a las cifras que se venían proponiendo²⁴.

En este sentido, la impresión que se obtiene de la construcción temprana y afanosa de algunos espacios y edificios emblemáticos de la ciudad, es que para Roma la intervención sobre las ciudades indígenas en un primer momento estaría cubierta con estas actuaciones puntuales, cuya finalidad tenía más de propaganda que de imposición²⁵. Debemos imaginar que estas intervenciones formarían parte de los

22 DEL AMO DE LAS HERAS (1982).

23 CASTAÑO AGUILAR *et al.* (2009): 49 y 68.

24 GARCÍA GARCÍA *et al.* (2009). Resultan difícilmente creíbles las estimaciones realizadas por M. Carrilero, que proponía una población entre los 10.000 y los 14.000 habitantes, sin duda como consecuencia de considerar como ciudad las 32 ha de superficie total de la Mesa de Ronda la Vieja. Hoy sabemos que la misma se enmarcaría entre las 10 y las 15 ha, estimadas precisamente por la configuración del acuífero y por la misma arqueología, lo que está más en la tónica de una ciudad media de la época. LÓPEZ MEDINA (2008): 28.

25 En este mismo sentido se apunta en relación a la construcción del teatro, aunque tanto en este como en las termas no existen de momento inscripciones que apunten hacia una propaganda promovida directamente por el evergetismo de las clases dirigentes. LÓPEZ MEDINA (2008): 29.



Figura 7. Las termas de Acinipo

compromisos adquiridos con las élites urbanas, con una estrategia muy actual de mensajes claros y contundentes destinados a conseguir la rápida asimilación por parte de las poblaciones autóctonas del cambio producido con la llegada de Roma. Y qué mejor forma de hacerlo en estos comienzos que a través de los hitos que mejor representan a la «metrópoli».

El segundo momento que se documenta en este yacimiento, y que se podría fijar también a lo largo de todo el siglo I d. C. (probablemente a partir de su segunda mitad) y todo el II d. C., se caracteriza por la detección de actuaciones de planificación urbanística propias de una edificación que hasta entonces no se encontraba representada en ninguno de los asentamientos ibéricos de la depresión. Sin que podamos descartar que se desarrollara de forma conjunta y puntual, tras colocar los elementos propios de la propaganda asociada al poder, comienzan a ser evidentes operaciones de adaptación urbana del cerro consistentes en la construcción de grandes terrazas delimitadas por grandes muros de contención

realizados con sillares de caliza extraídos del propio lugar. El mejor ejemplo lo encontramos en el sector del asentamiento que se interpretó en los años 80 como foro y que, tras las excavaciones realizadas entre los años 2005 y 2007, se identificó como una gran *domus* altoimperial. Esta casa contó en su día con dos niveles concebidos en conjunción con la inclinación que presentaba la propia ladera: dos niveles que únicamente se concretaron en dos plantas como consecuencia del desarrollo de la planta baja del nivel superior sobre la planta baja del inferior, sobre la que se proyectaba, y de la que nos llegaron sus pavimentos de *opus signinum* colapsados sobre los de la baja. Unas plantas bajas, en plural, pues documentamos tres habitaciones en este sector de la vivienda que solo contaron de forma puntual con pavimentos consistentes: los restantes eran de tierra apisonada. Aun conociendo parcialmente esta casa, sus dimensiones advierten que nos encontramos en un lugar de cierta relevancia pues, si bien esta misma no podría suponerse por la riqueza de sus pavimentos, sí que se podía percibir



Figuras 8a y b.
Larario de Acinipo
en 2006 y 2013

por el tratamiento de sus paredes, muchas de ellas pintadas, y, sobre todo, por el papel que en ella representó el espacio dedicado a lo que interpretamos en su día como *lararium*: previsiblemente en el centro de la vivienda, en un lugar semicubierto, se encontraba una gran hornacina estucada y ricamente decorada con pinturas, que coronaba un estanque cuadrangular revestido con mortero hidráulico²⁶. Desgraciadamente hoy no podemos

contemplar todo el esplendor de este elemento, único, por lo que conocemos, de los documentados en Hispania, y desde luego en la Bética: de hecho hoy no podemos contemplar nada de él como consecuencia de una mala gestión patrimonial en la que suelen prevalecer intereses ajenos a la problemática que plantea el Patrimonio Histórico, y aún más con la intención de investigarlo y conservarlo (Figs. 8a y b).

26 CASTAÑO AGUILAR *et al.* (2009): 85.

Que esta operación comprometió una vasta extensión del antiguo *oppidum* lo prueba la documentación de otra casa altoimperial descubierta, esta vez, en un extremo del asentamiento: el localizado en el espolón oriental en el que se desarrolló la investigación sistemática centrada en las fases pre y protohistóricas del yacimiento²⁷. Sin embargo, esto no debe verse como resultado de una completa urbanización de características latinas, pues todavía es muy poco lo que conocemos de las fases romanas y de su urbanismo asociado como para realizar estimaciones de densidad. Harían falta más campañas de excavación y un análisis más exhaustivo, incluso a niveles superficiales, de las estructuras conservadas y excavadas, que a día de hoy está aún por hacer. En cualquier caso, lo que sí es cierto es que sus efectos se detectan en diferentes puntos del asentamiento, así como en la consolidación de los que, podríamos considerar, fueron los límites de la ciudad.

Ya nos hemos referido a que la ejecución de determinados edificios, como las termas, se llevó a cabo amortizando espacios urbanos previos que, muy posiblemente, perdieron esa condición de manera forzosa. Lo mismo parece que ocurrió en el caso de actuaciones de adaptación urbana, pero esta vez a costa de infraestructuras de producción, que serían desplazadas fuera de los límites fijados para la *urbs* como consecuencia de la plasmación del concepto de ciudad y de lo que se contenía en ella, por oposición a todas aquellas tareas y actividades que, aun cuando se desarrollaban para el servicio esencialmente de la ciudad, resultaban incompatibles con la vida urbana. En efecto, en el caso de *Acinipo* lo que hoy se conserva fuera de sus murallas (y por tanto fuera del yacimiento de propiedad pública) es quizá mayor y tan interesante como lo que

potencialmente prevemos que puede conservarse en el interior de la ciudad. La cantidad de restos de fallos de alfar, por ejemplo, presentes en la ladera noreste ya llamó la atención de algunos investigadores que señalaron aquí la posible existencia de alfares²⁸. Y aunque, de momento, no tenemos la prueba física de tales alfares en esta ladera (ni en ningún otro lugar), sí que podemos suponer su traslado a esta u otras partes del asentamiento: una suposición que se vería respaldada por la amortización de un horno de cerámica, probablemente ibérico, que fue destruido parcialmente por la construcción de uno de los muros de parata que contenía la terraza más baja del sector en el que se localiza la *domus* (Fig. 9).

En la determinación de los límites de la *civitas* y de la ordenación de algunas de las actividades productivas que se instalarán en su periferia, entrarían en juego, por supuesto, la ejecución de sus puertas y, con ellas, la fijación de sus cementerios. En *Acinipo* conocemos dos necrópolis, cada una de ellas coincidente con las dos puertas principales con las que contó la ciudad: una situada al norte y la otra al sur. Sin embargo, aun pudiendo establecer el momento de mayor monumentalización de los enterramientos en torno a los caminos que conducían por estas entradas a la ciudad en estos mismos momentos, al menos en el caso de la necrópolis sur, la elección de su solar como cementerio fue muy anterior, de lo que se desprende que en ciertas costumbres, las prácticas antecedieron a su proyección o caracterización material, aunque en ellas se comenzaran a utilizar ya elementos propios de la cultura latina²⁹.

Toda propaganda tiene una finalidad clara, pero también una fecha de caducidad fijada a partir del preciso momento en el que aquello que

27 AGUAYO DE HOYOS *et al.* (1986). Una descripción más completa de esta vivienda, que llegó a contener en una de sus fases un *impluvium*, puede verse en NIETO GONZÁLEZ (1990): 127.

28 NIETO GONZÁLEZ (1990): 118.

29 CASTAÑO, NIETO, PADIAL (2005).



Figura 9. Horno ibérico roto por estructuras romanas

se quería transmitir ya ha surtido el efecto deseado. Esto no quiere decir que todos los puntales en los que se basa esta propaganda deban desaparecer por completo al mismo tiempo en que lo hace aquella y la necesidad que la justificó. Algunos continuarán más allá de ella porque forman parte de la nueva concepción del orden que se perseguía, pero otros sí que mostrarán su obsolescencia, sobre todo aquellos que, a pesar de sus costes, se debían mantener por su papel protagonista en la transmisión del mensaje. Algo así es lo que debió ocurrir en esta ciudad en el caso de algunos de sus edificios públicos, al menos en la humilde opinión de quien escribe estas líneas.

Con independencia de lo acertado o no de esta visión, de lo que no cabe ninguna duda es del expolio al que fueron sometidas edificaciones monumentales presentes en la ciudad, cuyos materiales serán reemplazados en la ejecución de otras obras, ya no necesariamente de carácter público. Un expolio al que hay que añadir la amortización de espacios que hemos documentado arqueológicamente en la terma, pero que es visible también en el teatro, así como, en sus consecuencias, en la reutilización de materiales

claramente procedentes de otros edificios en la construcción de algunas infraestructuras. Tal vez no se pueda considerar *strictu sensu* una fase (en el sentido secuencial del término), pero la relativa definición de sus límites temporales, que se podrían establecer entre finales del siglo II d. C. y la primera mitad del III, hasta avanzado el siglo IV d. C., invitan a hacerlo, teniendo en cuenta, en todo momento, cuál es el estado de nuestros conocimientos sobre esta ciudad.

El ejemplo de la terma creemos que resulta paradigmático de lo que queremos expresar. Ya su concepción en un lugar claramente deficitario en un bien tan preciado como el agua es revelador de hasta qué punto su finalidad iba más allá del hecho placentero que se le asocia. Tal es así que, a pesar de ello y de los costes de mantenerla operativa, se siguió invirtiendo en esta infraestructura (por ejemplo, surtiéndola de una fuente de suministro adicional), hasta este momento. Pues, con una rapidez y contundencia similar a la observada en su construcción, vemos cómo su declive se precipita sobre ella hasta el extremo de hacerla casi desaparecer en un intervalo de tiempo relativamente corto. El expolio



Figura 10. Huellas de los muros de ladrillo expoliados en la terma

ejercido sobre ella provocó la desaparición hasta los mismos cimientos de las salas calefactadas de la terma, cuyos muros estaban construidos con ladrillos. Una sustracción de estos materiales, de fácil extracción y gran versatilidad constructiva, que culminaría, como muy tarde, hacia la primera mitad del siglo IV d. C., según podríamos interpretar del hallazgo de una moneda de Filipo I «el Árabe» (244-249) localizada en el nivel de cenizas situado sobre los despojos

del expolio; esto es, sobre el negativo de los muros tras su agotamiento³⁰ (Fig. 10).

Los efectos de esta tendencia también se dejaron notar en otros edificios, y sus consecuencias en otros sectores de la ciudad. El teatro dejará de prestar su función como edificio de ocio y pronto sus estancias comenzarán a destinarse a otras cosas, como se desprende de la amortización de sus *adito maximo*, aunque desgraciadamente no sabemos a qué³¹. Lo que sí sabemos es en qué se emplearon algunos de los materiales expoliados de edificios monumentales, aunque tampoco sabemos cuáles fueron estos. Algunos de estos materiales, muchos de ellos sillares, algunos labrados con motivos ornamentales, terminaron siendo empleados en operaciones urbanísticas como la que consistió en ampliar la terraza sobre la que se asentó la casa excavada en el sector central del yacimiento. En ella su desarrollo hacia el sur se realizó con un potente muro de *opus africanum*, en cuya fábrica se utilizaron materiales de origen geológico diferente: sillares de calizas de algas procedentes del propio asentamiento para los rellenos, y *spolia* de areniscas para las cadenas verticales que separan los rellenos³². De esta operación de reemplazo de materiales llama la atención su temprana ejecución, pues su situación coincide con la localización del larario y de otras infraestructuras, lo que nos llevaría a proponer una fecha en torno al siglo II d. C. para esta actuación.

El abandono y expolio de estos grandes edificios generará de forma paralela un movimiento de reocupación que no será sino un reflejo más de los procesos de evolución interna que experimentarán las ciudades de forma general, y *Acinipo* de manera particular³³. Difícilmente estos

30 CASTAÑO AGUILAR *et al.* (2009): 54.

31 Desconocemos los resultados de la excavación realizada en el teatro entre los años 70 y 80, por lo que la secuencia contenida en el *aditus maximus* sur, conservado, colapsado y sellado, es una de las pocas estancias de este edificio susceptible de proporcionar información en este y otros sentidos.

32 A excepción del teatro, que fue íntegramente realizado con calizas de algas debido a que el foso resultante de su *cavea* y *orchestra* fue al mismo tiempo la cantera de la que surtió el resto del edificio, en lo que llevamos visto en la terma y en otros lugares del yacimiento en donde se prevé la localización de un edificio de grandes proporciones, el material geológico que se emplea es la arenisca, procedente de canteras próximas. LOZANO RODRÍGUEZ *et al.* (2009).

33 GURT ESPARRAGUERA (2000-2001).

acontecimientos se pueden separar de la crisis del siglo III d. C. que tan asentada está en la historiografía, aunque cada vez más contestada y atenuada a favor de conceptos más relacionados con la transformación, a los que, por ejemplo, se ajustaría mejor el ejemplo que acabamos de describir. En este sentido cada vez es más frecuente encontrar investigaciones cuyos resultados tienden a mitigar sus efectos, apoyando tales conclusiones sobre la base de que la ciudad no desaparece, como tampoco lo hace el sistema recaudatorio del Imperio³⁴. Ambos experimentan un periodo de ajustes, en el que, como en cualquier crisis, dejan de tener utilidad determinados elementos y prácticas.

La cuarta etapa que creemos haber podido identificar en el yacimiento de *Acinipo* se inicia precisamente en estos momentos, y está protagonizada por la reversión de actividades de carácter productivo al interior del asentamiento. Una reintroducción de talleres artesanales que, en algunos casos, se instalarán sobre los edificios abandonados, como ocurrirá en las termas, pero que en otros ocuparán espacios expeditos, posiblemente dedicados a zonas abiertas y públicas de la ciudad. Con más de la mitad del edificio completamente expoliado y convertido en vertedero, el sector de la terma que todavía ofrecía posibilidades de ser reutilizado como estancias para el desarrollo de alguna actividad se concentraba en torno al *ambulacro*, en la parte en donde se hallaron habitaciones de servicio y la entrada a la instalación. Su construcción más contundente, con sillares de arenisca, quizá hizo que esta parte se conservara mejor al no ser agotados sus alzados como en el caso de las salas calefactadas, como prueban los pavimentos de la estancia más septentrional y los del *ambulacro*, ambos realizados con ladrillos. Sea cual fuera la razón, estas

habitaciones, así como parte del *ambulacro*, dieron cobijo a un taller de vidrio del que se conservó su horno y la zona en la que se desarrollaban otras labores relacionadas con el fuego: unas actividades que debieron realizarse sobre unos espacios carentes ya de cubiertas, al menos cerámicas, dada la inexistencia de sus restos en los rellenos conservados³⁵. En este caso llama la atención la proximidad de esta instalación al foro, que proponemos muy cercano a la terma, lo que da a entender que la reordenación de la ciudad como ente esencial en la estructura del Imperio también afectó a su jerarquización interna, en la que parece que se relativizó la exclusividad de determinados sectores de la misma en relación a las funciones que se les atribuyeron en el momento en que fueron concebidos (Fig. 11).

La otra prueba de la pérdida o disolución de los límites fijados para la ciudad en relación con la vuelta a su interior de algunas actividades productivas, la encontramos en las proximidades de la entrada al yacimiento. En este lugar se pudo documentar parte de lo que se determinó un taller dedicado al trabajo de los metales, posiblemente una herrería a tenor de la cantidad de objetos de hierro, pero también de bronce. Sin embargo, a pesar de encontrarse dentro de los límites naturales de la mesa de Ronda la Vieja, y claramente dentro de las murallas de la ciudad, que en todo este flanco norte se intuyen perfectamente a través de sus torres, esta instalación no se desarrolló a costa de estructuras previas que se vieran reformadas o destruidas para darle encaje. Su concepción apunta a que fue *ex novo*, y únicamente parece haber comprometido a los niveles más antiguos correspondientes con las fases prehistóricas del yacimiento; algo por otra parte que cabía esperar dada la proximidad al espolón en donde se documentó la secuencia más completa

34 En esta línea son esclarecedores el conjunto de trabajos reunidos por Juan Trías, y coordinados por Carlos Estepa y Domingo Plácido: ESTEPA y PLÁCIDO (1998). En particular el de José Fernández Ubiña sobre la crisis del siglo III d. C. como mito historiográfico: FERNÁNDEZ UBIÑA (1998). Uno de los trabajos recientes en los que se revisan estos conceptos es el de HELAL OURIACHEN (2009), extracto de su tesis doctoral.

35 CASTAÑO AGUILAR *et al.* (2009): 70.



Figura 11. Horno de taller de vidrio localizado en la terma de Acinipo

del asentamiento³⁶. Que no se hayan localizado estructuras previas de época ibérica, pero tampoco romana, resulta revelador de hasta qué punto la densidad urbanística en el interior de la ciudad no afectó por igual a todos los sectores que quedaron al abrigo de sus murallas. No obstante, estos sectores se encontraban dentro de ella aun cuando no fueran ocupados, por lo que la presencia de esta instalación artesanal podría verse como una consecuencia de esa redefinición de los límites de la ciudad que, según los primeros datos aportados por las cerámicas, se produce aquí entre el siglo IV e inicios del VI d. C.

Las campañas de excavación desarrolladas entre los años 2005 a 2009 han servido para dar cuenta de las posibilidades de investigación sobre la fase romana que posee este yacimiento. De entrada han conseguido desterrar ciertas ideas machaconas que se venían repitiendo desde tiempo inmemorial: entre ellas la de que su superficie afectara a la totalidad del cerro amesetado, pues sabemos que el teatro no estaba en

la ciudad, aunque se encuentre dentro del cerro, o que su abandono se produjo de forma fortuita hacia el siglo V d. C., algo que hoy sabemos que no es cierto. Como tampoco lo es que su declive como ciudad, a la vista del arruinamiento de sus edificios más emblemáticos (de los que conocemos, y en lo que conocemos), implicara igualmente la pérdida de su carácter administrativo y, a raíz de ello, su despoblación. No conocemos aún lo suficiente sobre cómo se articuló urbanísticamente este antiguo *oppidum* como para valorar la incidencia que pudieron tener en él los ajustes a lo que obligó la conocida como crisis del siglo III d. C. Una cosa sí es segura: solo la existencia de una demanda interna justificaría la presencia en el solar urbano de talleres que continuaban trabajando hasta momentos tan tardíos. Es cierto que esto por sí mismo no explica nada, pues estos talleres podían satisfacer una demanda que se encontraba localizada fuera de la ciudad, como a buen seguro ocurrió sobre todo a partir del siglo V d. C. Sin embargo, la

36 CASTAÑO, HOYOS, NIETO (2009): 18.

elección para su instalación se hizo sobre aquella, de lo que se podría colegir que, a pesar de sus deficiencias, *Acinipo* seguía ejerciendo cierto papel rector en la depresión.

En *Arunda* se detecta algo parecido, aunque salvando las distancias que impone la no constatación arqueológica de grandes edificios públicos, al menos por el momento³⁷. Además, el impacto que en ella tendrá Roma parece que fue muy inferior, quizá por las propias características que presentaba este *oppidum*, por lo que la ausencia de determinados edificios tampoco sería de extrañar. En cualquier caso, el influjo que tuvo «lo romano» en ella se vio atenuado por la consistencia que presentaba el urbanismo de tradición ibérica y por el papel secundario que, sin duda, tendría esta ciudad. Un ejemplo de esto son los materiales cuya procedencia es claramente itálica, como las cerámicas campanienses B y C, que se entremezclan con otras de tipología ibérica en paquetes que amortizan espacios domésticos de características indígenas³⁸. Unas tipologías constructivas que no se verán alteradas de forma reconocible en nuestros registros arqueológicos hasta bien entrado el siglo I d. C., pues ni siquiera las trazas urbanas son objeto de remodelación, al menos en sus rasgos principales.

Esto es, cuando menos, lo que se desprende de la investigación realizada en un grupo de

solares localizados entre la plaza Duquesa de Parcent, el Callejón de los Tramposos y la calle Armiñán. La documentación arqueológica de la secuencia de este sector del barrio de la ciudad se prolongó de 1994 al año 2000, constituyendo hasta la fecha la mejor oportunidad de acercarnos a los niveles romanos de este yacimiento urbano, habida cuenta de lo parca y débil que era la huella dejada por Roma en las restantes intervenciones desarrolladas desde el año 1984³⁹. Uno de los hechos más relevantes de esta intervención fue el hallazgo de un vial, una calle, cuyas raíces se hundían en época ibérica, pero que estuvo en funcionamiento, junto con otra más de menor tamaño, hasta el siglo V d. C. Las orientaciones que presentaban ambas eran coincidentes con las actuales calles Armiñán (la mayor, N-S) y Callejón de los Tramposos (la menor, E-O), lo que no hace más que probar el determinismo que marca la topografía a la hora de concebir determinadas operaciones. Pero lo verdaderamente interesante es que las viviendas que se ordenaron en función de ellas con características propias de la construcción romana no se detectan hasta avanzado el siglo I d. C.⁴⁰ (Fig. 12).

En efecto, son en estos momentos cuando comienzan a documentarse actuaciones de adaptación urbana del antiguo asentamiento ibérico, como hemos visto en el caso de *Acinipo*.

37 Aunque no soy especialista, me gustaría insistir en un hecho que a menudo pasa desapercibido, pero que creo que tiene una trascendencia vital a la hora de abordar cualquier investigación sobre una antigua ciudad de la que se conoce epigrafía pero que, sin embargo, se encuentra desaparecida. No es ningún secreto que el mayor epigrafista conocido, Emil Hübner, no vio todo lo que en su obra recoge acerca de las inscripciones de *Hispania*. Y no lo vio sencillamente porque no pudo, porque se trataba de una tarea inabarcable en el momento en el que se concibió. De ahí que rastrear en la bibliografía existente por aquel entonces en busca de este tipo de elementos. En Ronda, se citan algunos, concretamente dos: una inscripción situada en la torre del cadí de la alcazaba, y la otra en el pósito, ambas recogidas por autores locales. Una de estas inscripciones cita una *ordo arundensi circens*, lo que implica la existencia de un circo (MORETI SÁNCHEZ (1867): 172). Pero curiosamente ninguno de los autores que la mencionan la vieron, como tampoco la otra inscripción, recurriendo a una figura de la primera historiografía del humanismo rondeño para su reseña: Macario Fariñas del Corral. Pero curiosamente, otra de las figuras del humanismo rondeño preocupada por estos temas históricos, antecesor además de Fariñas, Diego de Maraver, no dice nada al respecto, y eso que en su nutrida obra epistolar dirigida a Bernardo de Aldrete da cuenta en detalle de todo lo relacionado con los temas arqueológicos tanto de Ronda, como de los alrededores. Baste citar, al respecto, que es el primero en referenciar las placas decoradas de la serie Bracario, aparecidas en un cortijo cercano a Ronda a inicios del siglo XVI (RUBIO LAPAZ (1994):183). Por tanto, no es ni mucho menos descabellado pensar que aquellas dos inscripciones fueran falsificaciones.

38 AGUAYO, CARRILERO, PADIAL (2001): 425.

39 AGUAYO, CASTAÑO, PADIAL (2004). CASTAÑO AGUILAR (2003).

40 CASTAÑO AGUILAR (2003).



Figura 12. Calle romana de Arunda

Unas actuaciones que consistieron esencialmente en la ampliación y/o modificación de las terrazas urbanas preexistentes para poner en servicio mayores superficies que satisficieran las nuevas necesidades de urbanización. Sin embargo, este hecho parece reducirse a un sector muy concreto del asentamiento, aquel que contaba con mayor consolidación y tradición urbanas: el entorno de Santa María la Mayor (Fig. 13). No en balde es la parte más elevada y llana del cerro, lugar preferido como asiento desde época prehistórica, y área definida en la protohistoria para albergar los espacios domésticos de la comunidad, en contraposición a los dedicados a labores productivas⁴¹. De todas formas esta imagen de ciudad

concentrada puede deberse a procesos post-deposicionales, aunque es cierto que en ella sus límites cobran un concepto diferente al observado en *Acinipo*, ya que en el interior de los bordes del cerro sí que se dieron infraestructuras posiblemente relacionadas con actividades productivas, lo que supone una convivencia entre espacios domésticos y artesanales (algunos al menos) similar a la que ya se dio bastante tiempo atrás. Y esto a pesar de que sus límites, como en *Acinipo*, quedaron definidos por la construcción de una muralla que se instaló sobre el escarpe natural, razón por la que hoy pueden apreciarse estas antiguas cimentaciones, realizadas con grandes bloques de sillares, como asiento de las murallas medievales que igualmente encerraron a la medina.

Pero merece la pena que nos paremos un poco a analizar este hecho con más detenimiento, pues la presencia de esta actividad, vinculada con una cisterna de *opus signinum* descubierta en la ladera este, muy próxima a las murallas medievales⁴², parece guardar relación con otra infraestructura de mayor calado relacionada con el abastecimiento de agua. El mejor ejemplo en *Arunda* de los efectos de la latinización del *oppidum* ibérico, en ausencia de edificios de carácter público aún por descubrir, quizá sea su sistema para traer agua a la ciudad. Un sistema consistente en un acueducto y la distribución del agua por el asentamiento mediante, al menos, una conducción de tubos cerámicos. Sobre el primero, el acueducto de la Fuente de la Arena (Fig. 14), lo más reseñable, aparte de la excepcionalidad de su estado de conservación, y del hecho de haber sido concebido para una ciudad que no ha pasado a la posteridad precisamente por su pasado romano, son, sin duda, algunos de los elementos con los que contó, entre los que destaca la columnaria de la Torre del Predicadorio⁴³. Desde ella, por el principio de vasos comunicantes, llegaba el agua hasta la ciudad para ser

41 CASTAÑO AGUILAR *et al.* (2005): 23 y ss.

42 NIETO GONZÁLEZ *et al.* (2010).

43 DELGADO BLASCO (2005).



Figura 13. Muro de terraza romana junto a la iglesia de Santa María la Mayor de Ronda



Figura 14. Acueducto de la Fuente de la Arena. Ronda



Figura 15. Conducción cerámica de agua en Arunda

distribuida a través de conducciones. Una de estas tuberías fue la que se descubrió bajo la calle de origen ibérico que comentamos más arriba, realizada con *tubuli* cerámicos machihembrados y protegida por una cubierta realizada con trozos de *tegulae* y lajas de piedra⁴⁴ (Fig. 15). El agua que discurrió por ella provendría de un *castellum aquae* que, casi con seguridad, debió situarse en parte de las instalaciones que ocupa hoy el convento de Santa Isabel de los Ángeles (Clarisas), en el que sabemos se conserva un gran aljibe⁴⁵.

La datación propuesta para esta conducción (amortizada con toda probabilidad antes de finalizar el siglo III d. C.) coincide con la que observamos en la piscina de *opus signinum* descubierta en la ladera este, por lo que resulta

tentador poner ambas infraestructuras en relación. No es el único ejemplo en el que documentamos depósitos de agua como colofón de un sistema que trata el aprovechamiento de este bien líquido con extremado celo. En el caso de la *villa* de Morosanto se trataba de un sistema articulado mediante tres depósitos: uno al inicio alimentado por una fuente, otro intermedio concebido como una *natatio* subsidiaria a su vez de una pequeña terma, y otro al final que asociamos a un posible uso agrícola, dada su excentricidad respecto a la zona urbanizada de la *villa*. La similitud de este esquema con el observado en Ronda es asombrosa: un *castellum aquae* al inicio alimentado por el acueducto citado, con una red de distribución de agua por gravedad, y un depósito excéntrico que aprovecharía, tanto

⁴⁴ AGUAYO, CASTAÑO, PADIAL (2004): 780.

⁴⁵ El entronque de la conducción con el asentamiento desde la columnaria ha dejado alguna evidencia solapada por las murallas medievales. Así, la especie de torre albarrana que se proyecta hacia el oeste desde ese lateral de la antigua alcazaba, y que hemos interpretado en alguna ocasión como tal elemento defensivo, se encuentra atravesada por una conducción cerámica, en lo que nos ha llegado hoy, que se dirige precisamente hacia el convento, si bien como cabría esperar no se ha conservado en este último tramo. Un hecho que nos ha permitido ponerla en conexión con el sistema de traída de agua de época romana, y que podría explicar por qué el sector del convento es el único que presenta un relleno de la grieta natural en todo su desarrollo. Apuntamos este u otros aspectos más relacionados con la ciudad medieval en CASTAÑO AGUILAR (2017).

de forma directa como por sobrante, el agua circulante por la ciudad. Un depósito situado en el cerro fuera de lo considerado como área urbanizada con finalidad doméstica que, posiblemente, invertiría el agua en alguna labor de carácter productivo que desconocemos por el momento, pero que explicaría su localización (Fig. 16).

Mientras que la ciudad crece, al menos desde el punto de vista de su dotación con elementos propios de la cultura romana –hablamos, lógicamente, de elementos pertenecientes a la cultura material–, en el campo la consolidación del modelo romano de poblamiento irá traducándose en una paulatina disminución del número de entidades en las que quedó fijada inicialmente la organización de la producción agrícola. No es nada original comprobar también en nuestra zona cómo estas instalaciones agrarias van concentrando tierras y asimilando a otras *villae* que contribuirán al engrandecimiento de las que se benefician de este proceso: un engrandecimiento que se verá reflejado primero en el aumento de su capacidad de producción y distribución y, junto a esto, en una mayor reinversión en el embellecimiento de estas propiedades, lo que hará igualmente que sus propietarios, aristócratas, se sirvan de ellas como medios para mostrar su prestigio⁴⁶. Hacia el siglo IV d. C. el número de *villae* documentado en pleno Alto Imperio se reduce a más de la mitad (49 entidades). Conocemos arqueológicamente muy poco sobre estas grandes instalaciones, ya que una de las mayores carencias que tenemos en la comarca es la falta de investigación, y lo poco que sabemos en más detalle se lo debemos a actuaciones puntuales enmarcadas en intervenciones de urgencia. Sin embargo, aun siendo muy pocas y con un alcance muy limitado, estas excavaciones han servido



Figura 16. Cisterna de *opus signinum* de Arunda

para hacernos una idea de las dimensiones y del grado de monumentalización que llegaron a tener algunas de estas *villae*.

Las dos intervenidas arqueológicamente en la comarca muestran construcciones de larga perduración, con áreas de ocio entre las que se encontraban instalaciones balnearias y piscinas, con estancias ricamente decoradas con pinturas figurativas y pavimentos musivos⁴⁷, y por supuesto, adornadas con toda clase de objetos suntuarios; desde bronces a mármoles, pasando obviamente por vajillas de mesa de cerámicas finas traídas

⁴⁶ Hasta estos momentos el propietario de una *villa* de las que se han catalogado como esclavista vivía en la ciudad, ya que la cercanía de su hacienda a esta le permitía mantener su residencia urbana. Pero esta residencia en la ciudad se explicaba además por ser en ella en donde mejor se mostraba el prestigio de las élites, que competían en el ascenso social y político a través del *cursus honorum*. Todo esto es lo que también se desvanece con la deslocalización del prestigio en la ciudad, en el espacio público, y su concentración en la propiedad privada del aristócrata.

⁴⁷ Documentados únicamente a través de los restos de sus teselas.

desde los confines del Imperio. Unas entidades de habitación que dedicaron tanto espacio o más a las labores productivas, entre las que se encontraban fundamentalmente aquellas relacionadas con la transformación de dos de los productos característicos de la tríada mediterránea: el aceite y el vino⁴⁸. Esto fue lo que se pudo documentar en las excavaciones desarrolladas en la Villa de las Viñas, de Cuevas del Becerro⁴⁹, y en la de Morosanto, próxima a la pedanía de la Cimada en Ronda⁵⁰. Dos instalaciones que igualmente experimentaron importantes refacciones y adaptaciones espaciales, lo que posibilitó que una de ellas, la de Morosanto, continuara como centro de producción mucho más allá de la cuarta centuria, aunque, eso sí, sin su esplendor inicial.

3. ALLEGRO MA NON TROPPO. LA DEPRESIÓN DE RONDA SIN ROMA

El último movimiento de esta particular visión musicalizada de la etapa romana en la meseta de Ronda muestra un dinamismo ciertamente comedido. Esta es la razón por la que el último movimiento de este concierto no pueda interpretarse como un *allegro* en el pleno sentido del tempo musical. El dinamismo es visible, desde luego, en la variedad de opciones en las que se muestra el poblamiento, tanto en su versión novedosa, como en la capacidad de adaptación de sus elementos existentes a nuevas situaciones, aunque ya sin el concurso del agente que era Roma con toda su estructura. De ahí lo de «no demasiado».

En el ámbito urbano la entidad de poblamiento en la que mejor se reflejarán estos

cambios será *Arunda*, ya que la ciudad de referencia del territorio, *Acinipo*, que durante todo el periodo representó la imagen de Roma en la depresión, se encontraba completamente desmantelada en el siglo VI, y abandonada del todo entre finales de esta centuria e inicios de la siguiente. Ni siquiera, como en *Arunda*, se mantuvo un poblamiento de cierta relevancia aunque vinculado a una estructura de carácter rural, salvo el efímero taller descubierto junto a la entrada del yacimiento, y de las construcciones instaladas sobre el *ambulacro* de la terma que, por las cerámicas asociadas, podrían introducirse en el siglo VII d. C.⁵¹ No obstante, nuestro nivel de conocimiento sobre *Acinipo* es muy escaso y, por supuesto, muy inferior al que poseemos sobre la misma etapa para *Arunda*. Esto hace que nos mostremos prudentes antes de aventurar una propuesta mínimamente coherente. Aun así, de estos pocos datos, sumados a los que ya teníamos sobre su registro de superficie, se podría colegir que el poblamiento en esta ciudad se redujo tanto y fue tan concentrado en sus momentos finales que bien podría considerarse su existencia como los estertores de un paciente abocado a morir.

En esta lucha por la supervivencia de las entidades mayores de poblamiento que algún día tuvieron el rango de *civitas*, es *Arunda* la que ganará la batalla. Quizás el titular que podríamos aplicar a su experiencia y evolución en este momento podría ajustarse a aquello de «transformarse o morir»: una sentencia que no es más que la síntesis de la capacidad de adaptarse a nuevas circunstancias que debe desplegar cualquier organismo para mantenerse a flote.

48 Y también del cereal. No son pocas las *villae* documentadas en superficie en cuyos registros se han conservado quintales o piedras de molino que podrían haberse empleado para moler cereal. Cabe recordar que la iconografía de las monedas acuñadas en *Acinipo* representa un racimo de uvas y dos espigas.

49 CARRILERO MILLÁN *et al.* (1995). Una oportuna revisión de los datos y de las conclusiones integradas en un discurso histórico de mayor alcance territorial puede verse en el trabajo de S. BECERRA y M. VILA en este mismo volumen.

50 CASTAÑO AGUILAR (2012b).

51 CASTAÑO AGUILAR *et al.* (2009): 40 y 71. En efecto, encontramos ejemplares tardíos de *ARSC* y *ARSD*, que van desde Hayes 49, 50, 61, 67 o 91, hasta la más moderna de ellas localizada en los niveles tardoantiguos de la terma representada por la Hayes 97.

Esta capacidad es mayor en organismos pequeños que se muestran más ágiles y dinámicos ante las adversidades y, por supuesto, gastan menos energía; o lo que es lo mismo, tienen menor necesidad de invertir esfuerzos para mantener sus mínimos vitales. No se si estará bien traída la comparación (esto es precisamente lo que se argumenta en el caso de las organizaciones no estatales de carácter tribal y su fortaleza frente a las dificultades mostradas por estados débiles), pero, en cualquier caso, tampoco la supervivencia de *Arunda* debió implicar la perduración de su carácter urbano pues, desaparecida la ciudad que parece que albergó las instituciones principales que rigieron desde lo político y administrativo el territorio, y con un estado con problemas cada vez mayores para llegar con la misma solvencia del pasado a todos sus confines, posiblemente tampoco esto sería necesario. Sin embargo, sí es cierto que en *Arunda* apreciamos determinados rasgos que la hacen destacar en su entorno.

Reiterando el hecho de que se trata del asentamiento de estas características que mejor conocemos arqueológicamente, el dinamismo que refleja esta antigua ciudad parece estar en la línea del que presentarán las *villae* más importantes del territorio. Pero, como se ha dicho, tanto en ella como en sus alrededores más inmediatos encontramos algunas características y elementos ciertamente excepcionales. El más llamativo, quizá porque de él sí se desarrolló una mínima investigación arqueológica, es la posible basílica paleocristiana, de la que se pudo documentar únicamente parte de su área cementerial y deducir, a partir de ella, la jerarquía que se aplicó en la colocación de los enterramientos, con tumbas claramente diferenciadas entre lo que se determinó como el interior y el exterior del edificio⁵². Un templo que pervivió, al menos, hasta bien entrado el siglo VIII, esto es, hasta después de la conquista islámica, y que nos ha permitido



Figura 17. Basílica cristiana de *Arunda*

entroncarlo con las dos iglesias rupestres existentes en Ronda, para las que hemos propuesto la posibilidad de que su fundación fuera coetánea a la de la basílica⁵³ (Fig. 17).

Durante esta fase el registro arqueológico del asentamiento arundense refleja rasgos propios de lo que la historiografía dio en considerar como la «ruralización» de las ciudades. Si en la fase inmediata a esta los establecimientos agrícolas que se embellecieron sirvieron para acuñar la expresión *urbs in rure* como la que mejor los definía, exactamente lo contrario es lo que parecen mostrar muchas de las ciudades en las que se han conservado niveles pertenecientes a la tardeantigüedad. Se podría decir entonces que la

52 ADROHER, AGUAYO, RUIZ (1993).

53 CASTAÑO AGUILAR (2007): 144.

expresión que resumiría este proceso sería la de *rus in urbe*, lo cual no está libre de matizaciones: entre otras cuestiones porque lo que esto significa es una «desurbanización» en el sentido de pérdida del carácter urbano que, como es bien sabido, no solo se medía desde parámetros materiales o físicos. Pero como no es este el lugar para entrar en estas consideraciones, ni tampoco la finalidad de esta contribución, sirva lo anterior para justificar la razón por la que en su día calificamos como correspondientes a una especie de «villa urbana» las estructuras y paquetes arqueológicos pertenecientes a la Antigüedad tardía que documentamos en Ronda. El objetivo no era otro que enfatizar esa doble cualidad de unos restos con trazas propias de los centros productivos que, por prospección superficial, se venían localizando en la comarca, pero que se encontraban ocupando sectores que antes habían formado parte de una trama característicamente urbana.

En ella, aparte de otros materiales directamente relacionados con la producción (piedras de molino), y con lo que se podría producir (ingentes cantidades de conchas de ostras, que no parece que procedieran de su consumo)⁵⁴, convergerían elementos de diferente naturaleza, en un ejemplo que creemos claro de lo que vendría a significar ahora la *villa*. Por un lado los de carácter productivo y funcional, que habrían supuesto la amortización y posible privatización de antiguos espacios urbanos para ser dedicados como estancias vinculadas a labores productivas o de almacenamiento; unos espacios que, ya con anterioridad, se habrían visto alterados al integrar parte de lo que antes fue un espacio público (la calle de origen ibérico a la que nos hemos

referido más arriba), como parte de un posible patio interior de la instalación⁵⁵ (Fig. 18). Y por otro lado, entidades de naturaleza ideológica, como la representada por la basílica cristiana: templo dedicado a la religión que contribuirá a construir el nuevo entramado de relaciones sociales, y en cuyo seno estará ahora la posibilidad de promoción social para la aristocracia local⁵⁶. Y como esta aristocracia se sustentará esencialmente en la tenencia de tierras, lógicamente esto que acabamos de ver no creemos que fuera exclusivo de *Arunda*, aunque debemos insistir en ese «elemento diferenciador» que, en relación al ámbito ideológico, parece poseer esta antigua ciudad respecto a las entidades de poblamiento homónimas que se detectan en sus alrededores en estos momentos. Aun así, no hay que perder de vista que una parte importante de esta percepción se debe en gran medida a la limitación de nuestro conocimiento que se reduce básicamente a la ciudad de Ronda.

Las estructuras restantes atribuibles a los últimos años de presencia romana en *Arunda* no hacen más que abundar en la imagen de empobrecimiento que transmite el asentamiento. Aunque tal imagen está condicionada, y no poco, por una cierta idealización de lo que debe ser «lo romano». Está claro que encontrar un muro en el que se han reutilizado diferentes materiales de acarreo, como basas de columnas o algún que otro sillar, que se adosa a otro perfectamente ejecutado con *opus incertum*, no contribuye a deshacerse de una imagen hasta cierto punto precaria de la forma de concebir y ejecutar las construcciones en la Antigüedad tardía⁵⁷. Pero, como vimos al principio, esto ya se hacía en el siglo II-III d. C. en *Acinipo*, con la

54 Una descripción más detallada puede encontrarse en la publicación de la memoria de excavación: AGUAYO, CASTAÑO, PADIAL (2004).

55 Una instalación que sufrió un tremendo incendio hacia el siglo V del que se perdió toda memoria en el momento en que fue reocupada, pues en los niveles de incendio se exhumaron un buen número de monedas que quedaron sepultadas con los escombros de las techumbres, y que no fueron nunca objeto de recuperación. ID.: 782. Un estudio pormenorizado sobre este hallazgo numismático en ORTIZ CÓRDOBA (2015).

56 CASTAÑO AGUILAR (2007).

57 AGUAYO, CASTAÑO, PADIAL (2004): 783.



Figura 18. Instalaciones productivas en Arunda

diferencia de que en aquella ocasión la obra se ejecutó a costa del completo (o casi completo) desmantelamiento de algún edificio monumental. Y no creo que entonces sus actores consideraran precaria o miserable esta forma de actuar. Sinceramente pienso que la denostación a la que ha sido sometida la Antigüedad tardía por no brillar con el esplendor con que brillaron las etapas que la precedieron es responsable, en gran parte, de los calificativos de tinte despectivo que se le suelen aplicar (y que se extendieron interesadamente a la Edad Media), como, por ejemplo, cuando nos referimos a las ya mencionadas «crisis» y «ruralización» de la ciudad. Como se habrá podido apreciar, soy más de los que consideran que la adaptación a nuevas realidades provoca la adopción de unas determinadas medidas que solo se pueden valorar teniendo en cuenta el conjunto de sus causas. Y, desgraciadamente, solo conocemos algunas de las que consideramos sus causas. En este mismo sentido, que la aristocracia, de la que nos

ocuparemos ahora, no siguiera encargando mosaicos para sus viviendas, no quiere decir que no siguiera siendo aristocracia, y que no fuera rica; sino simplemente que no tenía esa posibilidad a su alcance quizá, sencillamente, porque ya no existía tal posibilidad en su entorno o, simplemente, porque en su código de representación no hicieran falta ya estas cosas.

La «ruralización» no es, entonces, sino el resultado de la adaptación de una sociedad agrícola que, por el comercio, se había creado una imagen que la distanciaba de lo que entendemos por rústico, y por el que circulaban tanto mercancías como cultura, a una realidad en la que, precisamente por la caída del comercio, entre otras cuestiones, desaparece la homogeneidad que caracterizó al mundo romano⁵⁸. Por ello, tal vez sería más oportuno hablar de comarcalización o regionalización, para incidir en los particularismos que se dan en estos momentos según qué regiones. En la nuestra, marcada por un aislamiento histórico, y a estas alturas podríamos

58 WICKHAM (2008): 680.

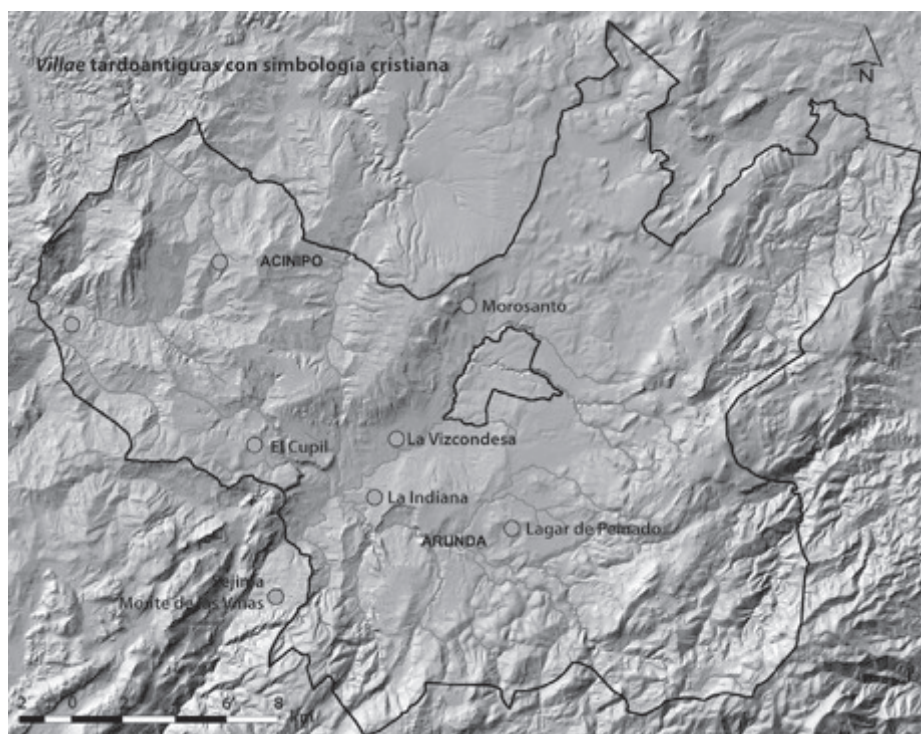


Figura 19. *Villae* tardoantiguas con simbología cristiana

decir que crónico, pretender establecer distinciones entre el campo y la ciudad resulta sencillamente imposible, pues, según el estado de nuestros conocimientos, la ciudad ya no existe. Habrá que esperar varios siglos para ver de nuevo en la comarca una entidad poblacional de carácter urbano, conformada además al amparo de un estado consolidado, como lo fue en el siglo X el califato.

La constatación de *villae* bajoimperiales transformadas en grandes asentamientos rurales con avatares evolutivos diferentes es un hecho que hemos podido confirmar también en la depresión de Ronda⁵⁹. Entre estos distintos derroteros evolutivos, está la conversión de algunas de estas viejas y grandes *villae* como centros

especializados de producción. Es lo que hemos propuesto para el caso de las fases tardías de la *villa* de Morosanto, en la que las trazas halladas apuntan hacia una conversión total de todos sus espacios (también los domésticos) como ambientes subsidiarios del proceso productivo, lo que significaría que el dueño de la instalación posiblemente debería vivir en otra parte⁶⁰. La disminución de *villae* que llegan a estas etapas tan tardías (hablamos de una horquilla que oscila entre finales del siglo VI y primera mitad del VII d. C., en lo que se refiere a instalaciones con ocupación anterior)⁶¹ anima a considerar que este hecho es resultado de la concentración de la propiedad en manos de unos cuantos terratenientes generalmente procedentes de la

59 NIETO GONZÁLEZ (1994): 228.

60 CASTAÑO AGUILAR (2012b).

61 Aunque son escasos, no son ni mucho menos infrecuentes los materiales de procedencia extranjera que todavía llegan hasta nuestras tierras. Tal es el caso de algunas series de *LRC*, como la forma 3 de Hayes. También se documentan, como es lógico, materiales más cercanos, como alguna forma 1 de Orfila, en el caso de las TSHTM.

aristocracia local. Una aristocracia que encuentra buen acomodo en la nueva religión, de ahí que junto a esta reordenación de sus propiedades no resulte extraño encontrar algún que otro templo impulsado a su costa, lo que no es una práctica aislada en el occidente romano, sobre todo a partir del siglo VI d. C., si bien esta práctica se da con anterioridad en el caso de algunas ciudades (Fig. 19).

Aparte de *Arunda* con su basílica, y de la posibilidad de que las iglesias rupestres de la Oscuridad y de la Virgen de la Cabeza, tradicionalmente consideradas mozárabes, se hubieran concebido en estos momentos⁶², el ejemplo que mejor mostraría esta tendencia, por las implicaciones interpretativas que posee, pensamos que sería el caso de Bracario: un personaje que cuenta con la curiosa circunstancia de tener el mismo nombre que un obispo que ocupó la sede hispalense a mediados del siglo VII y que creemos tuvo una vinculación especial con esta tierra, ya que el objeto en el que aparece su *intitulatio* es muy posible que se fabricara en nuestra zona. Unos vínculos que bien podrían estar basados en el estatus aristocrático de este hombre y en el origen arundense de su familia, o justificados simplemente por su relación con otras familias oriundas de aquí (Fig. 20). En cualquier caso, la proliferación de placas cerámicas de esta serie en los alrededores de Ronda resulta en sí misma atractiva como para indagar un poco más sobre este particular, lo que hemos hecho en otra parte⁶³. Esta posible relación es la que hemos querido hacer extensiva a la llamativa presencia de unidades de poblamiento aristocrático en los alrededores de *Arunda* en las que es frecuente encontrar materiales con simbología cristiana



Figura 20. Placa decorada de la serie Bracario procedente de Ronda. Museo Arqueológico Nacional. Madrid

entre sus registros de superficie, a diferencia de lo que se da en el entorno de *Acinipo* en estas mismas fechas⁶⁴.

En cuanto a lo que se observa de más en el resto del espacio rural, llama la atención la deriva que parece mostrar esa aristocracia en lo referente a la forma de gestionar sus dominios y en cómo conciben ahora sus residencias; pero también la manera en la que el campesinado es capaz de mantener su independencia respecto a unos señores que acaparan prácticamente la totalidad de los recursos disponibles (fundamentalmente

62 No creo que sea necesario insistir en que para que haya mozárabes en el siglo IX, debió haber cristianos con anterioridad. Y sabemos que la basílica, con toda probabilidad fundada entre los siglos VI y VII d. C. (pues la fecha propuesta en su día y fijada en el V a través de una moneda, no resulta convincente), se introdujo más allá del siglo VIII. Por lo que no sería descabellado que este tipo de infraestructuras religiosas se realizaran también en los mismos momentos, quizá como reflejo de una religiosidad marginal no vinculada a ninguna propiedad aristocrática, de ahí también su localización exenta, separada de cualquier construcción tardoantigua conocida en sus alrededores.

63 CASTAÑO AGUILAR (2007): 147. CASTAÑO AGUILAR (2018).

64 CASTAÑO AGUILAR (2016): 776.



Figura 21. Imagen idealizada de un asentamiento de campesinos libres. Museo de Ronda.
Dibujo de Alberto Luque González

tierras); todo ello a costa de poner en explotación precisamente pequeñas áreas que nunca tuvieron interés para aquellos.

Los trabajos de campo que venimos desarrollando desde finales de los años 90 del siglo pasado en los sectores de la Serranía en los que se ha centrado nuestra investigación (meseta de Ronda y los valles de los ríos Genal y Guadiaro), han arrojado una información muy interesante sobre los momentos más confusos del periodo que tratamos aquí. Han sido trabajos de arqueología extensiva que, con las limitaciones propias de unos registros exclusivamente superficiales que, todo lo más, se han visto complementados por lecturas de paisaje y territorio, han permitido, no obstante, aislar características compartidas por grupos de yacimientos que han hecho posible la elaboración de una primera propuesta tipológica. Y eso a pesar de la diversidad de soluciones que se documentan, sin duda acentuadas por una comarca montañosa en la que los recursos, no muy abundantes, se encuentran además muy bien localizados.

De ahí que de la asociación entre situación de los recursos, posibilidad de acceder a ellos,

y la capacidad de control del territorio y de las personas que lo poblaban, se deriven diferentes opciones de poblamiento que han dejado su reflejo material en unos yacimientos que hemos caracterizado, en nuestro caso y para estas fechas, de la siguiente forma:

Aquellos asentamientos de pequeño tamaño situados en áreas marginales a las tradicionalmente ocupadas localizadas en las zonas de campiña. Serían unidades familiares que basarían su subsistencia en el cultivo residual de cereal y en el cuidado de una pequeña cabaña de ganado, por lo que deberían complementar su dieta con prácticas de caza y recolección. O lo que es lo mismo; se trataría de grupos humanos que, aun gestionando su propia miseria, lo harían de forma independiente, como campesinos libres, sin que por esto mismo se pueda descartar la capacidad de generar un mínimo excedente destinado al intercambio. Entidades con estas características son muy difíciles de identificar por sus registros superficiales, ya que muchas de ellas estuvieron realizadas con materiales perecederos. Por tanto, las cerámicas, esencialmente realizadas con torneta, pero entre las que no son



Figura 22. Torre del Coto. Partido de Sijuela. Ronda

raros tampoco los ejemplares modelados a toro rápido, y algunos otros elementos como molinos de mano, constituyen a menudo los únicos indicios de su presencia, quitando, como es obvio, su ubicación. Aunque no son abundantes y su detección es complicada, su presencia es más notable precisamente en los sectores de la Serranía que menor presión demográfica reflejan durante toda la Antigüedad⁶⁵ (Fig. 21).

Por otra parte estarían los que hemos definido como poblados aristocráticos, que no serían más que los epilogos de algunas de las grandes *villae* bajoimperiales, aunque con la circunstancia de no encontrarse sobre ellas. Estos, por el contrario, se localizan en o próximos a las tierras de mejor potencial agrícola, desplazados de los centros tradicionales (en donde se encontraban las grandes *villae*), pero en cualquier caso dentro de los dominios de sus propietarios. Por tanto, todos los descubiertos por nosotros se encuentran en el interior de la meseta de Ronda, aunque

siempre ubicados en el contacto entre esta y la montaña. Están organizados en dos sectores, en uno de los cuales se instala la residencia del propietario representada por una torre, generalmente vinculada a otras construcciones (Fig. 22). Las demás edificaciones que se localizan en sus contornos ocupando un sector apartado del anterior están vinculadas a los campesinos que viven bajo dominio aristocrático, y suelen presentar plantas cuadrangulares, ejecutadas con zócalos de piedra y alzados de tierra o materia vegetal; esta última empleada también para confeccionar sus cubiertas, dada la ausencia casi absoluta de techumbres cerámicas, que constituye una característica de estos poblados⁶⁶. Su cultura material se caracteriza por la ausencia de cerámicas finas, que ya no llegan hasta aquí, y también de grandes contenedores, de lo que se deduce que su capacidad de generación de excedente no participaría en circuitos alejados, además de ser almacenado de distinta manera (hablamos, en todo caso,

65 Son las definidas como «Pequeñas unidades de producción campesina», en CASTAÑO AGUILAR (2016): 190.

66 Definidas como «Grandes unidades de producción agrícola», ID.: 196.

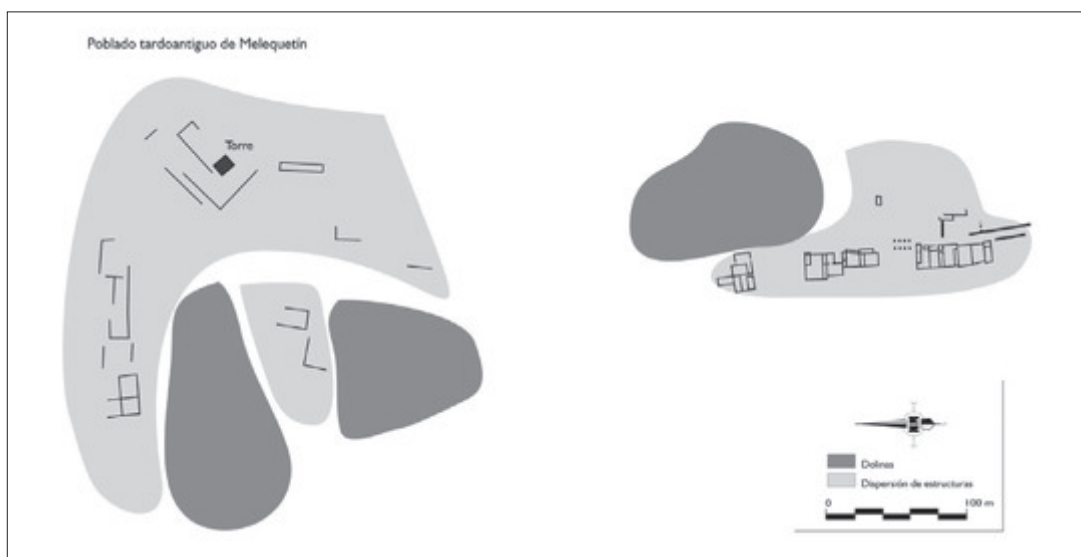


Figura 23. Planta esquemática de un poblado aristocrático

de elementos autárquicos). Algunos de estos poblados experimentan evoluciones en su mismo ámbito de control con consecuencias bastante sugerentes que, sin embargo, encontrarán explicación en periodos posteriores que exceden los límites de este trabajo, como es el caso de Melequetín⁶⁷ (Fig. 23).

Y por último, encontraríamos los poblados campesinos. Se instalan en lugares con cierto predominio visual y algunas dotes defensivas de carácter natural, aunque sea habitual encerrarlos con una cerca de fábrica muy rudimentaria. Como en los primeros, ocupan también áreas relativamente marginales, por lo que su economía sería similar a la de aquellos, aunque a corta distancia de los segundos. Pero a diferencia de las unidades campesinas de carácter familiar, el hecho de conformar una comunidad más amplia hace que en ellos se exploren otras posibilidades de producción, como la capacidad de roturar pequeñas parcelas para garantizar las cosechas, o la de contar con una cabaña ganadera más extensa. O la de fabricar algunos de los

objetos de uso cotidiano, como podrían ser cerámicas o herramientas. En todo caso, de no fabricarlos, hasta ellos llegarían estos productos, como es el caso de las cerámicas. Materialmente sus construcciones difieren muy poco de las observadas en los casos anteriores, si bien se asemejan más a las de los campesinos bajo dominio aristocrático que a los otros, posiblemente por la posibilidad de contar con una mayor capacidad de esfuerzo. En cuanto a la cultura material una vez más el fósil director serán las cerámicas que, como viene siendo norma en la Serranía, están mayoritariamente realizadas a torno rápido, lo que apunta hacia el mantenimiento de una tradición alfarera sostenida en una demanda interna suficiente. Con este perfil hemos podido aislar algunos ejemplos tanto en Ronda (Mures), como en el valle del río Genal (caso de La Alcudia, en Júzcar). Y si no lo conocemos en el Guadiaro es simplemente por falta de investigación, ya que, como ocurre con los campesinos autónomos, la presencia de estos asentamientos resulta más fácil de detectar precisamente allí

⁶⁷ Realizamos al respecto un análisis más pausado basado en nuestra propuesta sobre la particular evolución que en la comarca parecen presentar las *villae* en CASTAÑO AGUILAR (2017).

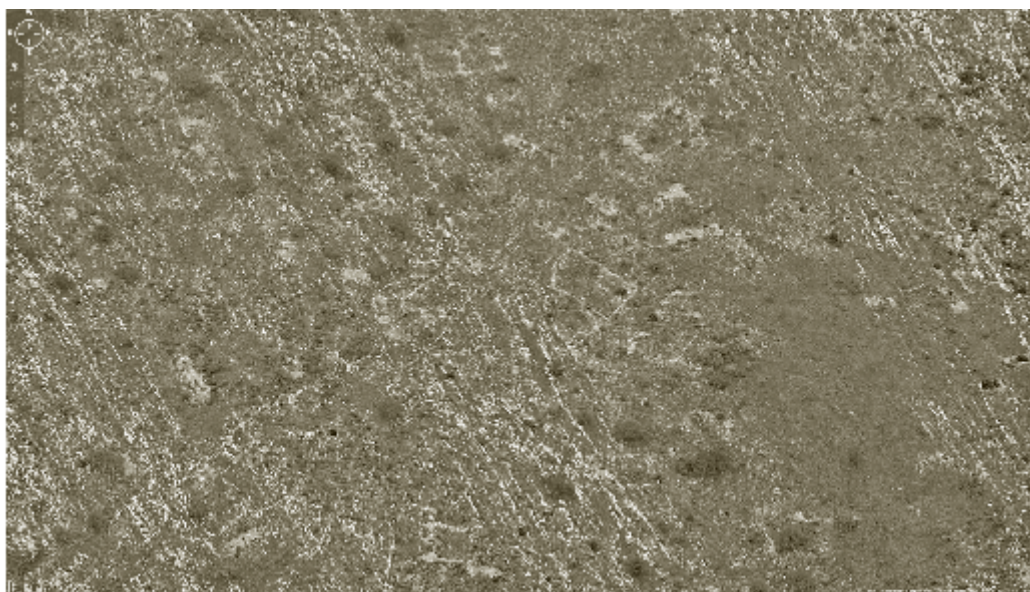


Figura 24. Imagen aérea del poblado campesino de Mures con evidencias de sus restos constructivos

en donde la presión de los señores de la tierra es menor, aunque en este caso resulte más que cercana. De ahí la necesidad de organizarse en estructuras mayores (Fig. 24).

Parece increíble que la armonía y cadencia de este último movimiento forme parte de una misma obra. A la luz de lo expuesto en esta última parte del trabajo la conclusión más notoria a la que se podría llegar quizá sea la falta de correspondencia entre el poblamiento consolidado en época romana, asentado fundamentalmente en las áreas de campiña, con el que acabamos de ver, y que podría considerarse ya pos-romano. En efecto, la mayoría de los yacimientos analizados por nosotros y atribuibles por sus registros a la Antigüedad tardía no se encuentran en los mismos solares que los documentados en periodos anteriores, salvo contadas excepciones. Se trata de una

nueva organización que, como la llevada a cabo en época altoimperial, obedeció a unos condicionantes particulares y a unos actores concretos entre los que, por ejemplo, ya no se encontraba el estado. Tampoco el estado visigodo que, con la información disponible hasta la fecha, debió haber tenido una presencia muy tenue, si es que esta llegó a plasmarse de alguna forma como para poder identificarla⁶⁸. Por el momento, y atribuible a lo que convencionalmente llamamos visigodo, solo contamos con dos referencias en la Serranía: la basílica de Ronda, en la que se documentaron materiales de facies visigoda, como una jarrita característica de contextos funerarios, cazuelas-cuenco y un triente de Égica-Witiza⁶⁹; y la necrópolis de El Montecillo (Atajate), en cuyas tumbas aparecieron ajuares cerámicos de similares características⁷⁰.

Sin embargo, esta discordancia, que es visible sobre todo en el terreno de la distribución del nuevo poblamiento y de la cultura material que

68 SALVADOR VENTURA (1990).

69 CASTAÑO AGUILAR (2016): 384.

70 REYES, MENÉNDEZ (1986).

se le asocia según el tipo de asentamiento, si nos paramos a observarla desde la óptica de la condición de quienes la protagonizan, apreciamos en ella básicamente los mismos elementos anteriores; aunque eso sí, tamizados e imbuidos en y por un contexto en el que igualmente han cambiado las formas de relacionarse entre sí. Unas formas que no llegaron a alcanzar el desarrollo logrado en otras regiones del antiguo Imperio por la entrada en escena de una pieza nueva con su propia melodía e interpretada por otra orquesta: la conquista islámica.

Las últimas notas de este movimiento son las que todavía sonaban cuando en el año 711 se produjo la irrupción del Islam en estas tierras, interpretando su propio concierto con sus propios intérpretes. Sin embargo, ambos formaban parte de una tradición musical que hundía sus raíces en las melodías que hemos podido disfrutar a lo largo de este recorrido. Tal vez por esta razón no seamos capaces de apreciar las diferencias de matices hasta que esta nueva obra musical no alcance su cenit. Pero esto no ocurrirá hasta bastante tiempo después.

BIBLIOGRAFÍA

- ADROHER, A., AGUAYO, P. y RUIZ, C. (1993): «Informe de la excavación de urgencia en el solar n.º 5 de la calle Juan Bosco de Ronda. 1986», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1991, t. III, Cádiz, pp. 407-412 (láminas, pp. 374-375).
- AGUAYO DE HOYOS, P. (1997). «Análisis territorial de la ocupación humana en la depresión de Ronda durante la Prehistoria Reciente», en Martín Ruiz, J. M.; Martín Ruiz, J. A.; Sánchez Bandera, P. J. (eds.), *Arqueología a la carta. Relaciones entre teoría y método en la práctica arqueológica*, Málaga, pp. 9-34.
- AGUAYO DE HOYOS, P., CARRILERO MILLÁN, M. y LOBATO MONCAYO, R. (1988): «Los orígenes de Ronda. La secuencia cultural según las primeras excavaciones», *Estudios de Ronda y su Serranía*, 1, Granada, pp. 7-26.
- AGUAYO, P., GARRIDO, O. y PADIAL, B. (1995): «Una ruta terrestre alternativa al paso del Estrecho en época orientalizante. Constatación arqueológica», *Actas del II Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar. Ceuta, 1990*, Madrid, pp. 85-98.
- AGUAYO DE HOYOS, P. *et al.* (1986): «El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Campaña de 1985», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985, t. II, Sevilla, pp. 294-304.
- AGUAYO DE HOYOS, P. y CARRILERO MILLÁN, M. (2001): «Estratificación y relaciones de dependencia en el proceso socioeconómico del I milenio a. C. en el sur peninsular», en J. L. López Castro (ed.), *Colonos y comerciantes en el Occidente mediterráneo*, Almería, pp. 149-170.
- AGUAYO DE HOYOS, P., CARRILERO MILLÁN, M. y PADIAL ROBLES, B. (2001): «Excavación arqueológica de urgencia en la plaza Duquesa de Parcent de Ronda (Málaga). 1997», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1997, t. III, Sevilla, pp. 422-428.
- AGUAYO DE HOYOS, P., CASTAÑO AGUILAR, J. M. y PADIAL ROBLES, B. (2004): «Análisis arqueológico y urbanístico de una manzana. Intervenciones de urgencia en el casco antiguo de Ronda, 1994-2000», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2001, t. III-2, Sevilla, pp. 772-788.
- BECERRA MARTÍN, S. y VILA OBLITAS, M. (2018): «El poblamiento rural romano en el Alto Guadalteba (Cuevas del Becerro, Málaga)», *Mainake*, XXXVII.
- CARRILERO MILLÁN, M. y NIETO GONZÁLEZ, B. (1994): «La depresión natural de Ronda en la Bética romana: paisaje agrario y estructura social en el alto imperio», en Gozález Román, C. (ed.): *La sociedad de la Bética. Contribuciones para su estudio*, Granada, pp. 52-73.
- CARRILERO MILLÁN, M. *et al.* (1995): «La villa romana de Las Viñas (Cuevas del Becerro, Málaga) y el poblamiento rural romano en la depresión de Ronda», *Florentia Illyberitana. Revista de Estudios de Antigüedad Clásica*, 6: 89-108.
- CARRILERO MILLÁN, M. (2006): «Los Cilbicenos. Arunda y Acinipo, sus asentamientos en la Serranía de Ronda», *Memorias de Ronda. Revista de historia y estudios rondeños*, 3: 62-77.
- CASTAÑO AGUILAR, J. M. (2003): «Algunos datos sobre Arunda romana. Intervención arqueológica de urgencia en el solar n.º 50 de calle Armiñán de Ronda (Málaga). 2000», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2000, t. III-2, Sevilla: 859-867.
- (2007): «Antigüedad Tardía y Alta Edad Media en la Serranía de Ronda», en Nieto, B., Castaño, J. M. y Padial, J., *Historia de Ronda. Desde la romanización a la época musulmana*, Ronda, pp. 133-192.
- (2012a): «¿Una venta romana a las puertas de Arunda? La Mutatio de Merinos (Ronda, Málaga)», *Mainake*, XXXIII (2011-2012), pp. 287-306.
- (2012b): «Un ejemplo de transformación del poblamiento rural durante la Antigüedad Tardía. La villa de “Morosanto” (Ronda, Málaga)», *Arqueología y Territorio Medieval*, 19: 9-32.
- (2016): *Antigüedad Tardía y Edad Media en la Serranía de Ronda*, tesis doctoral, Granada (<http://hdl.handle.net/10481/42891>).

- CASTAÑO AGUILAR, J. M. (2017): «El final de la *villa* y la continuidad del poblamiento: un debate entre *turres* y *husun*. El caso de la Serranía de Ronda», *Mainake*, XXXVI: 105-130.
- (2017): *Una ciudad de al-Andalus. Ronda a finales de la Edad Media*, Málaga.
- (2018): «Las placas cerámicas decoradas tardoantiguas de la serie Bracario. Algunos apuntes y precisiones», *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología*, 27.1: 255-281.
- CASTAÑO AGUILAR, J. M. *et al.* (2005): *Carta Arqueológica Municipal de Ronda: la Ciudad*, Sevilla.
- CASTAÑO AGUILAR, J. M., NIETO GONZÁLEZ, B. y PADIAL PÉREZ, J. (2005): «Intervención arqueológica en la necrópolis iberorromana de Acinipo. Aproximación al ritual funerario en época romana», en *Cuadernos de Arqueología de Ronda*, 1: 103-114.
- CASTAÑO AGUILAR, J. M. *et al.* (2009): «Estudios arqueológicos», en J. M. Castaño Aguilar y B. Nieto González (coord.): *La ciudad romana de Acinipo. Investigaciones 2005-2007. Avance de resultados. Cuaderno de Arqueología de Ronda*, 3 (2007-2008), pp. 39-109.
- CASTAÑO AGUILAR, J. M., HOYOS CECILIA, R. y NIETO GONZÁLEZ, B. (2009): *Memoria preliminar de la Intervención Arqueológica Preventiva en el yacimiento arqueológico de Acinipo (Ronda, Málaga)*, Delegación Provincial de Cultura de Málaga, inédito, 34 págs.
- CASTAÑO AGUILAR, J. M. y TERROBA VALADEZ, J. F. (2015): *El Patrimonio Cultural de Ronda. Propuesta de Catálogo de Bienes Protegidos para el planeamiento urbanístico y la gestión municipal*, Ayuntamiento de Ronda, marzo de 2015, documento inédito.
- CORREA RODRÍGUEZ, J. A. (2016): *Toponimia antigua de Andalucía*, Sevilla.
- DEL AMO DE LAS HERAS, M. (1982): «El teatro romano de Acinipo», en *Teatros en la Hispania romana*, Badajoz, pp. 215-232.
- DELGADO BLASCO, P. (2005): «El acueducto romano de la Fuente de la Arena. La Torre del Predicatorio, Ronda (Málaga)», *Cuadernos de Arqueología de Ronda*, 1, pp. 93-102.
- ESTEPA, C. y PLÁCIDO, D. (1998): *Transiciones en la antigüedad y feudalismo*, Madrid.
- FERNÁNDEZ UBIÑA, J. (1998): «La crisis del siglo III: realidad histórica y distorsiones historiográficas», en C. Estepa y D. Plácido (1998), *Transiciones en la antigüedad y feudalismo*, Madrid, pp. 26-51.
- FONTES HISTANIAE ANTIQUAE (1987): *Hispania Antigua según Pomponio Mela, Plinio el Viejo y Claudio Ptolomeo*, VII, Barcelona.
- FORNELL MUÑOZ, A. (2004): «Poblamiento romano en el valle del Guadalete (Cádiz)», *Florentia Iliberritana*, 15: 73-113.
- GARCÍA GARCÍA, J. L. *et al.* (2009): «Consideraciones hidrogeoarqueológicas sobre el yacimiento romano de Acinipo (Ronda, Málaga)», en J. M. Castaño Aguilar y B. Nieto González (coords.): *La ciudad romana de Acinipo. Investigaciones 2005-2007. Avance de resultados. Cuaderno de Arqueología de Ronda*, 3 (2007-2008), pp. 195-202.
- GARCÍA VARGAS, E. y VÁZQUEZ PAZ, J. (2012): «El poblamiento rural en las campiñas del sur del Guadalquivir durante la Antigüedad Tardía (siglos IV-VI d. C.)», en L. Caballero, P. Mateos y T. Cordero (eds.), *Visigodos y Omeyyas. El territorio*, Mérida, pp. 235-261.
- GÓMEZ MORENO, M. L. (2012): «La Serranía de Ronda: configuración física y articulación del territorio», *Takurunna. Anuario de estudios sobre Ronda y la Serranía*, 2: 121-150.
- GURT ESPARRAGUERA, J. M.^a (2000-2001): «Transformaciones en el tejido de las ciudades hispanas durante la Antigüedad Tardía: dinámicas urbanas», *Zephyrus*, 53-54: 443-471.
- HELAL OURIACHEN, E. H. (2009): «La ciudad bética tardoantigua. Perspectivas y mutaciones en relación con la realidad urbana de las regiones del Mediterráneo y del Atlántico», *@rqueología y Territorio*, 6: 199-209, <http://www.ugr.es/~arqueologyterritorio/Indice6.htm> (consultado el 25/IX/2017).
- LÓPEZ MEDINA J. M.^a (2008): «La dinámica campo ciudad en los territorios de *Acinipo* y *Arunda*», *Cudas. Revista de Arqueología e Historia*, 7-8: 13-65.

- LOZANO RODRÍGUEZ, J. A. *et al.* (2009): «Consideraciones litoarqueológicas sobre el yacimiento romano de Acinipo (Ronda, Málaga)», en J. M. Castaño Aguilar y B. Nieto González (coords.), *La ciudad romana de Acinipo. Investigaciones 2005-2007. Avance de resultados. Cuaderno de Arqueología de Ronda*, 3 (2007-2008), pp. 189-194.
- LOZANO RODRÍGUEZ, J. A. *et al.* (2010): «La explotación prehistórica e histórica de la montaña de Malaver (Ronda, Málaga). Un patrimonio minero singular», en E. Romero Macías (coord.), *Patrimonio Geológico y Minero. Una apuesta por el desarrollo local sostenible*, Huelva, pp. 431-442.
- MARTÍNEZ ENAMORADO, V., CHAVARRÍA VARGAS, J. A. (2010): *Toponimia mayor de la Serranía de Ronda*, Ronda.
- NIETO GONZÁLEZ, B. (1990): «El municipio romano de Acinipo y su territorio», *Recuerdo de Ronda y su historia. La ciudad romana de Acinipo*, Ronda, pp. 107-145.
- (1992): «Prospección arqueológica superficial en el territorio circundante al municipio romano de Acinipo (Ronda, Málaga)», *Anuario Arqueológico de Andalucía/1990*, t. II, Sevilla, pp. 138-139.
- (1994): «El proceso histórico de Arunda y su territorio durante la fase cultural romana», *Recuerdos de Ronda y su historia (II)*, Sevilla, pp. 217-242.
- (2006): «El mundo romano en la depresión natural de Ronda», *Historia de Ronda. De la romanización a la época musulmana*, Ronda, pp. 11-131.
- (2010): «Memoria de la intervención arqueológica de urgencia en el solar n.º 67 de la calle Armiñán de Ronda (Málaga)», *Anuario Arqueológico de Andalucía, 2005: Málaga*, Córdoba, pp. 2678-2687.
- MORETI SÁNCHEZ, J. J. (1867): *Historia de la muy noble y muy leal ciudad de Ronda*, Ronda.
- ORTIZ CÓRDOBA, J. (2015): «Nuevos aportes para el conocimiento de la numismática de época tardía en Ronda (Málaga)», *Florentia Iliberritana*, 26: 181-225.
- REYES TÉLLEZ, F. y MENÉNDEZ ROBLES, M. L. (1986): «La necrópolis de El Montecillo (Atrajate, Málaga)», *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española*, t. II, Huesca, pp. 259-277.
- RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, F. (1977): *La Serranía de Ronda. Estudio geográfico*, Málaga.
- RUBIO LAPAZ, J. (1994): «La arqueología clásica de Andalucía en las investigaciones humanistas del Siglo de Oro», en *Recuerdos de Ronda y su historia (II)*, Sevilla, pp. 12-211.
- SALVADOR VENTURA, F. (1990): *Hispania meridional entre Roma y el Islam. Economía y sociedad*, Granada.
- SCHNEIDER, L. (2005): «Dynamiques spatiales et transformations de l'habitat en Languedoc méditerranéen durant le Haut Moyen Âge (VI-IX s.)», en G. P. Brogiolo, A. Chavarría y M. Valenti (eds.), *Dopo la fine delle ville: la campagne dal VI al IX secolo*, Mantua, pp. 287-312.
- WICKHAM, CH. (2008): *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo. 400-800*, Barcelona.